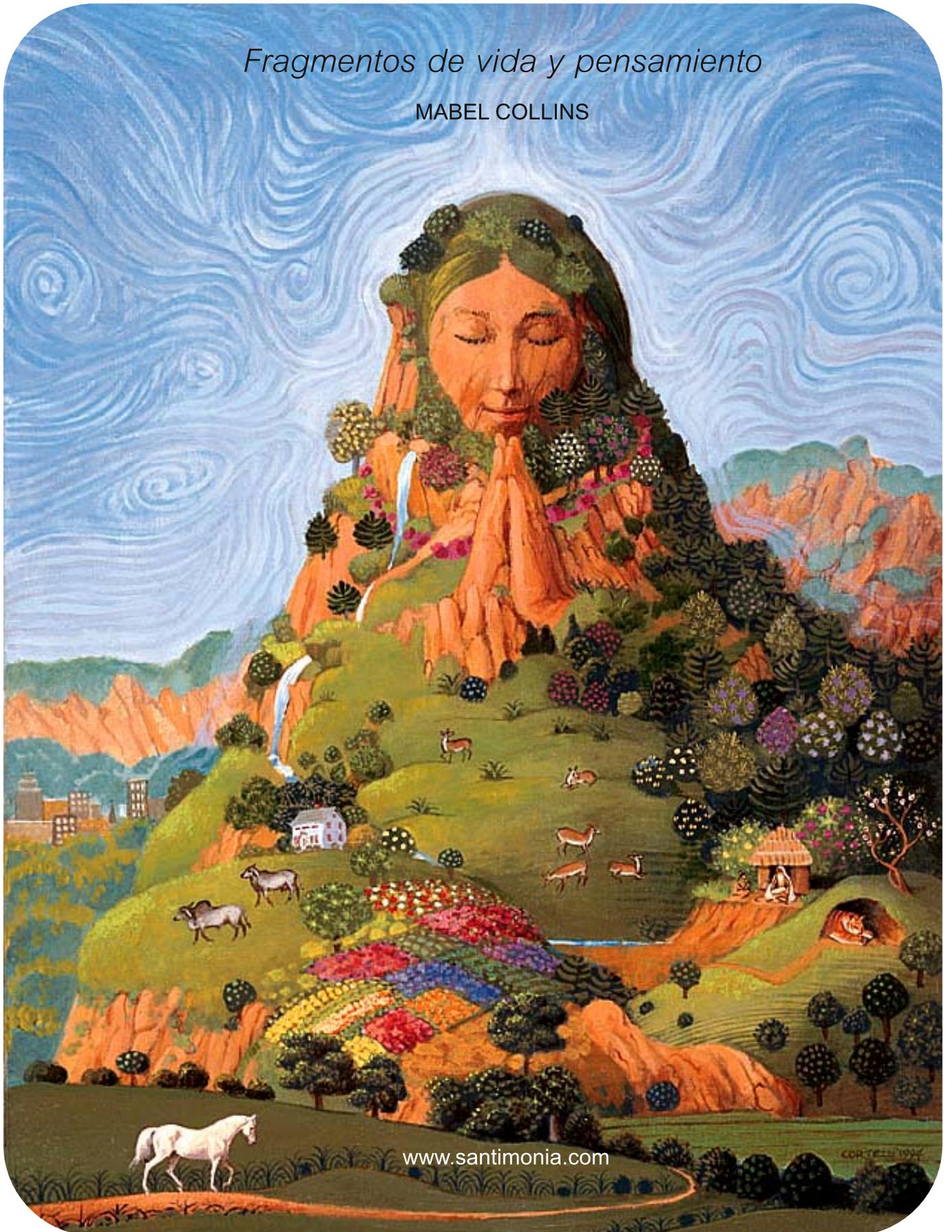


Fragmentos de vida y pensamiento

MABEL COLLINS





Mabel Collins

CONTENIDO

Sobre el Esfuerzo para Llegar, página 4.
Fábula I, página 7.

Sobre la Necesidad de la Amargura, página 11.
Fábula II, página 13.

Sobre Aquello que Resiste, página 27.
Fábula III, página 30.

Sobre la Determinación de la Dirección, página 36.
Fábula IV, página 38.

Sobre Aquello que es Asequible, página 47.
Fábula V, página 49.

Sobre las Piedras del Camino, página 52.
Fábula VI, página 53.

Sobre el Camino de la Cruz, página 60.
Fábula VII, página 62.

SOBRE EL ESFUERZO PARA LLEGAR

El esfuerzo para llegar es el primer punto esencial en el carácter del discípulo. Hasta que haya surgido en su naturaleza, haciéndose sentir, es inútil que el hombre trate de entrar en el sendero del discipulado. La ambición es el instrumento mediante el cual viene a la existencia en el gran campo de la humana naturaleza. El alma del hombre se quedaría estancada en la apatía y el placer, encarnación tras encarnación, mientras la tierra, que fue creada para que le sirviera de escuela, pasara de su juventud a su madurez y luego a su vejez y desintegración, si no fuera por el espoleo de este instrumento penetrantísimo. La acción tiene un aspecto que es glorioso y casi sagrado, y cuando se contempla este aspecto es posible perder de vista completamente el hecho de que en la lucha en el plano físico nadie puede sobresalir sin dejar a los otros detrás, y nadie puede levantarse sin aplastar a los demás bajo él. Puede perderse de vista completamente este poder destructor de dicho instrumento en su obra incesante entre los hombres, cuando, por ejemplo, eleva a un héroe y lo coloca en la posición de semidiós. Muchos de los que han sido aplastados o dejados atrás en la carrera, levantan la vista desde la ignominia en que han caído o contemplan la larga lista del éxito que sus pies son incapaces de recorrer, con mirada llena de admiración y quizás de adoración. Si aceptan su fracaso como una cosa inevitable para ellos y una consecuencia natural de cualquier esfuerzo que hayan hecho, entonces no son aptos para pasar del estadio de la pasión humana a las escuelas de discípulos. Deben esperar hasta que la simiente de la fortaleza surja en ellos, antes de que les sea posible entrar en el sendero de la inmortalidad. Es necesario poder sobresalir sobre los demás, descollar por su aplicación y su perseverancia, sentirse estimulado por la rivalidad, ser un rápido corredor, con objeto de poder poseer ese poder elevador que surge en lo interior y que lleva al hombre desde el lugar de su nacimiento hasta el escalón más elevado de la vida social. Nada puede obstaculizar el progreso de aquel que posee este poder dentro de sí mismo; sigue hacia arriba como bajo la acción de una fuerza de la Naturaleza, y el hecho es, en verdad, que está ayudado y es elevado por una fuerza supranatural, que se concreta en torno suyo atraída por el fuego que hay encendido dentro de sí mismo. No puede ser uno del montón, de los de la manada muda y sorda que puebla la tierra, que pasta a su gusto o que sufre

grandes necesidades sin mostrar voluntad alguna de cambiar su lote. La llama que arde en él lo compele a trabajar más que la bestia de carga más trabajadora, lo obliga a aplicarse cada vez más intensa e incesantemente a la tarea que tiene entre manos, mucho más que si fuera un esclavo que trabajara bajo el látigo de su dueño. El hombre está rodeado por fuerzas y poderes que trabajan con él en su compleja carrera, y el que es ambicioso, encuentra que se abren caminos ante él y que los pasos sucesivos se presentan por sí solos; y pasa adelante por estos medios naturalmente, sin experimentar dificultades, como el espíritu desencarnado flota primero en el éter y luego en los espacios espirituales. La fuerza que está a sus órdenes, pertenece por completo al mundo material. Ha obrado como un instrumento para despertarlo, utilizado por los maestros y los guías de los hombres y cuando ha respondido y se ha inflamado a su contacto, se ve envuelto y morando en ella. La tarea en que desee sobresalir no tiene importancia alguna, siendo todas las tareas iguales a los ojos de los instructores; pero si alguna vez considera la tarea elegida como inferior, o menos importante que otra, entonces, si es verdaderamente fuerte, obtendrá el éxito en ella y la echará a un liado, escogiendo entonces la otra más difícil y severa que pueda percibir. Los maestros saben que el camino desde la completa indiferencia hasta el deseo de convertirse en discípulo, es la ambición, y contemplan el corazón de los estadistas y de los políticos, de todos los triunfadores en cualquier arte, de aquellos que se han vuelto eminentes en cualquier rama de la vida. Pero la ambición es un maestro muy duro, y no suelta su asidero fácilmente sobre aquellos que se han dejado envolver por ella. Hasta que no queda agotada por el ejercicio constante, hasta que el hombre ha triunfado una y otra vez, hasta que el éxito se torna en tedio, y los más elevados lugares de la tierra le parecen pobres y bajos, no está pronto para pasar más allá de ella. Sólo así puede ser matada. No hay otro método; no hay camino fácil. Todo hombre debe llegar al deseo de elevarse así a sí mismo, y debe llegar al punto en que descollar sobre sus semejantes le parezca de pronto y para siempre algo digno de desdén, ante la dignidad y grandeza de su propia alma, y entonces matará su ambición y la arrojará de sí como una mala hierba. Percibirá entonces que la fortaleza que ha desarrollado debe ser usada no para sobresalir, sino en su esfuerzo para lograr.

El logro es de un orden completamente diferente que la ambición, en todo sentido, diferente en su origen y en su desenvolvimiento, diferente en sus resultados. El hombre ambicioso es una amenaza y un peligro para todos los demás; el hombre que desea la realización es un amigo de todos los que

también la desean. En la esfera en que la ambición es el instrumento más poderoso para despertar al hombre, y su mayor incentivo para la acción, sólo hay un sitio limitado. La tierra no puede recargarse de soberbias obras de arte o de literatura de supremo carácter. No habría ni audiencia ni compradores. Tampoco pueden ser divididos los honores de una raza; sólo uno puede llegar primero a la meta. El éxito de uno significa el fracaso para los demás. Esta es una condición esencial del limitado estado físico. Pero tan pronto como el hombre comienza a sentir el deseo de la realización, se retrae hacia el espacio inmenso que sólo puede encontrar dentro de sí mismo. Crecer, devenir, ser, estos esfuerzos hechos sin considerar todos los resultados o apariencias finitas y temporarias, llevan la conciencia al infinito, donde no hay espacio ni limitación. Aquí hay sitio para todos, y los espíritus se desarrollan de gran estatura uno al lado del otro, sin dificultad ninguna y sin la menor posibilidad de que uno constituye un obstáculo para el otro. Todos por igual se sienten atraídos hacia el poder supremo que es su vida y su luz y todos por igual tienen sitio y espacio para hacerse grandes. Ninguno desea descollar sobre sus semejantes y ninguno necesita hacerlo para cumplir y alcanzar la realización que persigue. La que busca es pasar de 'un plano de conciencia y de conocimiento a otro superior, perpetuamente, de acuerdo con su poder de ascensión; y los que también están haciendo el mismo esfuerzo son para él amigos y simpatizantes; no rivales a quienes debe aplastar o dejar atrás. En el mismo santuario elevadísimo de las artes, en el que se reúnen los guías y líderes de los hombres, en música, poesía o pintura, como sucede algunas veces, se reconoce esta posibilidad, aunque el tiempo y el espacio impidan su realización. Porque entonces estas grandes almas sólo consideran el arte por que viven y se olvidan del yo; pero cuando su obra se pone bajo la forma en que los demás puedan apreciarla, entonces se impone la limitación del estado físico. Uno es el que debe sobresalir; uno debe obtener el premio, la corona del vencedor, la guirnalda de la gloria. No puede haber igualdad aún entre los muy grandes, mientras se encuentren bajo la limitación de la existencia física y sujetos a su estrechez, o mejor dicho, mientras su obra sé vea sujeta por esa limitación y estrechez. Tan pronto como el hombre se da cuenta de que su mejor obra se realiza fuera del cuerpo físico, donde hay sitio para que todos adquieran la estatura de gigantes y sean dichosos, descubre su igualdad con los demás que también han penetrado en esa libertad. El placer de esta asociación es inimaginable para los que aún viven en estado de rivalidad y los que ven en todos los que han llegado a la misma altura que ellos a alguien que puede ser causa de su ruina, dada la posibilidad de que los sobrepase y deje

atrás. Nadie puede ser la ruina de otro, fuera del mundo físico, en el que han sido colocados los espíritus de los hombres, con objeto de implantar en ellos el deseo de elevarse. Fuera de esta limitación, las condiciones que prevalecen son completamente diferentes. Los espíritus de los hombres han aceptado esta limitación y convinieron en entrar en ella por su propio beneficio; el Genio de la raza pidió y obtuvo esta gran oportunidad para el desenvolvimiento de su rezagada grey. Y siendo esto así, estamos comprometidos por el tratado que hizo en nuestra representación, a elevarnos desde el bajo lugar en que nos encontramos, y a aventurarnos en las regiones más allá, para nosotros maravillosas y llenas de misterio. Esto sólo puede hacerse mediante la fortaleza creada en nosotros por el ejercicio de la ambición. Todos deben llegar a sobrepasarlo, todos deben ser movidos por eso que es una pasión material, para que de ella surja lo que es una fuerza y un poder espiritual de elevación de sí mismo. En la remota distancia habrá dos hombres que lucharán sobre la tierra por su dominio, como Caín y Abel lucharon en el principio; se encontrarán sobre el plano intelectual más elevado, por un reino poblado con esos seres que llenan las venas de la Naturaleza y que son los serviciales amigos del hombre, que mantienen junta la liza en que se desenvuelve el combate. Y cuando uno de los dos venza, como debe, y parta del lugar del combate, el último que quede lo seguirá, elevado por el deseo apasionado de la emulación que es lo mismo que la ambición. Y entonces los serviciales amigos que tanto tiempo han estado al lado del hombre en su deseo de conquistar el mal y la inercia de su propia naturaleza, volverán contentos a sus respectivos lugares en el orden infinito, regocijándose, y este mundo tenebroso ya no será más.

Para ayudar al logro de este fin, que tan profundamente desea el Genio de la raza, y los Amigos de la raza, todo hombre debe luchar para ascender. La ambición es lo que despierta al hombre ordinario y le da fuerza al final, para ir más allá de ella, para arrojarla de sí, para levantar su cabeza por encima de la oscuridad y de la confusión de la tierra y pasar al éter, y para esforzarse en la realización.

FABULA I

En el éter en que se mueve la Tierra en su órbita señalada, mora un dios que ama al hombre, No es el Ser Supremo, no es el centro de toda conciencia, no es el Salvador de los hombres. Es el Dios cuyos hijos y servidores son los

amigos del hombre y forman la hermosa Naturaleza en la que aquél mora y le permite construir sus casas y hogares y talleres, que tan a menudo echan a perder la Naturaleza, como un niño que rompiera sus juguetes.

Está sentado en su ciudadela, fuera del tenebroso mundo, y contempla cómo se desarrolla la batalla.

Suyo son los jardines y los parques y todos los lugares hermosos del mundo etérico. Y en ellos recibe a los hombres que aún no se han salvado o no han sido despertados, y satisface sus necesidades.

Un día un hombre apareció ante él, en el mismo santuario de su ciudadela, y le dijo: “¿Eres tú el Padre Supremo?”.

Y El contestó: “No lo soy”.

El hombre dijo: “Yo quiero ver al Supremo Padre”.

“Acuéstate entre las flores y descansa”, fue la respuesta. “No estás pronto para ello”.

“Eres muy generoso”, dijo el hombre. “Das belleza y comodidad y hasta das tiempo”.

“Si”, fue la contestación. “Mi nombre es el Generoso”.

“Si puedes dar tanto, entonces dame el poder de acercarme al Supremo”.

“Eso no puedo hacerlo. Cada hombre lo exige por sí mismo cuando está pronto. Nadie puede darlo”.

“Pero”, dijo el hombre, “no sé cómo exigirlo”.

“Ya lo sabrás cuando estés pronto. Yo soy tu amigo y te aconsejo que te eches entre las flores y descanses”.

El hombre se fue y abandonó el blanco palacio donde había expresado su pedido; tan pronto como su mente abandonó el osado pensamiento que lo había llevado a ese palacio, un gran deseo de descanso cayó sobre él. Y, súbitamente, sin ningún esfuerzo, aparentemente sin que hiciera el menor movimiento, se encontró en un campo de flores, que está siempre lleno de ellas, para aquellos que salen de la tierra y escapan de sus cuerpos físicos. Se sentía uno muy bien allí, y se acostó sobre la hierba aromada, en la cual florecían las plantas que más amaba, fuera o no su estación en la tierra; y algunos de los embriagadores perfumes que lo bañaban le recordaban a su padre, y otros su niñez, trayendo otros aromas recuerdos de su apasionada juventud. Su ser se rindió al contento de esta oleada de dulzura que se convertía en parte de él, y cayó dormido.

Su cuerpo físico yacía en el lecho de un hospital, inconsciente; su alma dormía entre las flores. El Dios que ama a los hombres vino al campo donde muchos yacían así dormidos; y contempló a éste. El cuerpo anímico era transparente para su vista, y podía ver cómo la inquietud del ávido cerebro se iba calmando; podía ver que el corazón estaba rebosando de amor. Y del corazón surgió una forma delicada que se estremecía, una planta esbelta que tenía una hermosísima y dulce flor.

“¡Ya!”, dijo el Generoso; “ya es un neófito recién plantado. Crecerá y ascenderá rápidamente, y pronto no tendrá más necesidad de mí”.

Y luego siguió adelante, contemplando a muchos otros cuyos corazones estaban fríos e inertes y que, mientras estaban en el espacio etérico, sólo miraban hacia la tierra y deseaban sus lugares tenebrosos. A estos los podía ayudar con ese poder mágico que sólo él conocía.

Más tarde pasó Otro que suele andar por ese campo; y cuando vio la esbelta planta delicada y la flor que había en ella, se inclinó sobre la forma dormida.

El doctor, que estaba al lado del lecho del hospital, dijo: “Será un inválido toda su vida”.

La hermana de caridad, que estaba al otro lado, se santiguó, porque tuvo el pensamiento que algún Otro, además de ellos, estaba también allí.

El Generoso vio cómo el alma volvía al cuerpo doliente.

“Ha tomado su Cruz”, dijo. “Llegará”.

SOBRE LA NECESIDAD DE LA AMARGURA

La vida es tan dulce que nadie puede adivinar su abundante dulzura, y ninguno puede gustar más que de un poco de esa abundancia. Muchas cosas, inefablemente dulces, son una dicha para todos los hombres, son parte de la herencia común de la raza. El aire y la luz, el poder de respirar, el poder de ver, son de este orden. Pero para cada hombre hay dulzuras separadas y sutiles, que pertenecen exclusivamente al que las disfruta. La Naturaleza es tan abundante, tan supremamente generosa, la súper Naturaleza, que dedica a todo ser que vive, que ha vivido o que vivirá en sus dominios, una gota especial de la esencia de toda dulzura, que le está dedicada exclusivamente, y que llegará a la conciencia de ese ser, más o menos pronto, antes de que haya pasado el término de su vida. Y esto es verdad para cada encarnación; a cada una le está señalada una gota especial, aunque a veces el hombre siente que no ha podido abarcar toda su dulzura, que todavía no está satisfecho, pidiendo le sea dada de nuevo en otra encarnación. Esta es la exacta medida de felicidad que se le guarda, oculta en el lugar en el que se conservan las cosas buenas de los hombres, intangibles salvo para ellos y aquellos cuya tarea es la de ayudarlos para que obtengan lo suyo, pero que algunas veces está fuera de su alcance. Que nadie olvide que así es el hecho; a nadie se lo engaña ni se lo despoja. Si su vida pasa sin que esa esencia de dulzura que le pertenece le haya dado todo su éxtasis, es porque no ha podido alcanzarla, porque no se ha elevado al nivel necesario. El que conoce la saciedad es un ser sin el poder de crecimiento, de seguir adelante. Gustar de un placer con tanta frecuencia que se vuelva cansino, porque no hay otro al alcance, es aceptar la derrota y el fracaso. El hombre que se sacia y que, sin embargo, no hace nada por elevarse y seguir, no puede encontrar frescura y novedad más que por el conocimiento de la amargura. Las aguas de la amargura están siempre cerca, para refrescamiento y vigorización de las almas sórdidas.

La amargura es muy diferente de aquello que no es meramente dulce. Brota de la positiva fuente del mal, una fuente de la que surge una real enemistad hacia el hombre. Este tiene muchos enemigos, cuyo odio lo causan sus propias locuras y desvíos. Simplemente desean barrerlo, echarlo de la existencia. Pero sus amigos son más poderosos. En este sentido hay una

circunstancia notable que da valor y esperanza a todos aquellos que trabajan por la raza y que la conocen muy bien. Los enemigos del hombre lo son debido a sus propios actos, a sus crímenes. Pero sus amigos lo son porque conocen su gran destino y se dan cuenta de que tiene que efectuarse su salvación. Por lo tanto, trabajan para el futuro y son incansables; mientras que sus enemigos pueden cansarse y dejarlo de perseguir, o pueden quedar satisfechos una vez lograda su venganza.

Los amigos del hombre son tan poderosos que podrían silenciar a sus enemigos y echarlos a un lado (como sucede en algunos casos individuales) sino fuera porque las aguas de la amargura son necesarias para la salud de la raza. Cuando toda la raza sea verdaderamente humana, como los individuos especiales que de tiempo en tiempo son protegidos contra ellas, entonces los enemigos se irán y olvidarán su enemistad. Porque es el Amor, puro y simple, quien es el guía y el cuidador del hombre, su instructor, su Maestro y su Juez.

Hay algunos hombres tan sumergidos en las aguas de la amargura, que para ellos parece como si toda la raza hubiera sido creada para ser torturada y traicionada. Se los ha despojado de toda dulzura, se ven llevados de un lado a otro, entre dificultades que surgen por todas partes y no pueden encontrar la paz ni el descanso. Mientras se encuentran en ese estado, les es imposible percibir lo qué significa; sólo cuando sus enemigos los han llevado tan lejos que han agotado su arrogancia y se vuelven pidiendo misericordia y perdón por los olvidados pecados que en ese momento místico vuelven a su conciencia sólo entonces, mientras se postran para prestar obediencia, se encuentran súbitamente descansando en un suavísimo lecho de flores, en medio de la dulzura misma sólo entonces penetra en el despertado espíritu el significado de esa amargura. Su aplicación ha conquistado al mal interior, como tarde o temprano tiene que hacerlo, y, en el momento en que el mal cede a la presión, la parte superior del hombre se reafirma y le muestra claramente la razón de todos sus disgustos. Pero la vida puede pasar en la oscuridad de la desesperación y no sólo una vida, sino varias. Y mientras pasan, el que sufre debe, necesariamente, permanecer en la ignorancia, simplemente porque no ha llegado a la condición en que le sea posible el entendimiento. Por eso los ángeles no se detienen a lamentarse porque los hombres, debido a la amargura en que se encuentran, se conviertan en escépticos y materialistas. Esa actitud de la mente es sólo una parte de esa condición o estado temporario, y, naturalmente, se va con ella.

Los enemigos del hombre que así lo rodean e intimidan, no son otros hombres. Ese odio y enemistad existe entre los hombres mismos, pero es otra cosa. La venganza es dulce, y la batalla es dulce y la conquista es dulce también. Todo lo que implica lucha entre iguales está en el orden de las cosas que aportan placer. No hay igualdad entre el hombre y sus verdaderos enemigos; no. hay posibilidad de lucha entre ellos. Así como en realidad, nunca puede luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, teniendo que aceptar solamente su abundancia con gratitud y resguardarse lo mejor posible de su crueldad, así le pasa también con estos poderes invisibles. La desgracia, la mala suerte, la enfermedad, la infidelidad de los amigos aparentes, todas estas cosas sobrevienen cuando ellos las quieren y están bajo su dominio. Un mar de infortunios y disgustos surge en torno de aquel que les es entregado, de manera que le parece estar absolutamente solo, con nadie a quién recurrir, sin ayuda en parte alguna. Pero sólo se permite esa situación, cuando el hombre es bastante fuerte para soportarla y cuando su vida ha sido de tal naturaleza, sea en la misma o en encarnaciones anteriores, que sólo la amargura pueda elevarlo a un estado mejor. Mientras el hombre no se haya arrepentido del pecado, la amargura es una necesidad. Y las fuerzas misteriosas que se mezclan con la vida de los hombres y la guía, lo llevarán a esa situación horrenda, tarde o temprano, de tal manera que la amargura caerá sobre él y destruirá hasta el recuerdo de las dulzuras que haya conocido.

FABULA II

Una joven estaba sentada completamente sola en un pequeño y humilde cuartucho. Estaba completamente quieta, tan quieta como una estatua, y era tan hermosa como la figura más hermosa que jamás hubiera esculpido el más gran artista.

Pero nada hermoso la rodeaba. La habitación en que estaba, no tenía mérito alguno, salvo el de que, por el momento, era su habitación, y la puerta estaba bien cerrada con llave. El mundo entero había quedado separado de ella por la vuelta de esa llave; a veces podía oír voces, o los movimientos de otros inquilinos de la casa, pero estos sonidos no la afectaban en lo más mínimo, porque nadie tenía derecho a acercársele en su soledad. Se encontraba tan aislada como si estuviera en una isla desierta.

Era la inquilina de esta única pieza, y había pagado por ella una pequeña suma, sacándola de un escaso capital en que el oro no figuraba para nada - sólo plata - por el derecho de quedarse allí una semana, de la cual quedaban todavía unos cuantos días. Y durante esos días tenía que decidir su destino, su futuro. No podía pedir consejo a nadie, porque no tenía ningún amigo en el mundo. Estaba ahora ocupada en realizar su situación; eso era lo que se había puesto a hacer. Pero no era fácil. Parecía increíble que ninguna mano amiga le fuera extendida. Volvía su mirada mental en toda dirección. Primero pensó en su padre; pensó en él firmemente.

“¡Cómo lo había amado!” dijo en voz alta, varias veces. La primera vez dijo esas palabras como un suspiro suave, lleno del recuerdo de una gran ternura. Gradualmente su tono cambió hasta volverse amargo, y sus manos estaban crispadas y su rostro alterado. Le había parecido, mientras se encontraba allí sola, que el perdón era todavía posible; perdón por el crimen que había cometido, por su engaño, por el caos que produjo en su vida. Pero mientras estaba allí, pensando en ello, se convenció de que el perdón era imposible. Un sentimiento de odio brotó en ella y toda ella estaba consciente de una amargura horrenda, una amargura tal como jamás había imaginado pudiera existir o fuera posible.

No estaba sola en ese cuartucho. Nadie está solo jamás. Ninguna llave puede dejar fuera a lo invisible. Una forma mística estaba a su lado, llamada por su propio estado y condición. No estaba tentada por el diablo, el diablo poderoso e independiente, descrito por esas mentes limitadas, que pueden aceptar la idea de un dios personal, porque ese diablo no existe. Pero aquello que la aterrorizada imaginación del hombre ha convertido en ese espíritu, estaba allí.

“¡Oh! ¡Qué terrible amargo!” exclamó de pronto; y cubrió su rostro con sus manos y se estremecía de dolor. Cuando por último cambió de posición y cayó la luz sobre su rostro, se había producido un cambio. Una como dureza se había difundido por su faz como un film y toda la gracia había huido de sus delicadas facciones.

Súbitamente su visión mental se volvió a otra figura - la de otro hombre. Pensó en él sin palabras, ni siquiera mentales. No podía acordarse de que lo había amado, ni por un solo momento; pero le había gustado y creía en él.

Podía recordar claramente cómo ella había sentido la pasión que él abrigaba, así como el sentimiento que le había impartido de que quería siempre protegerla. Pero al primer síntoma de la catástrofe que se avecinaba y que ahora ya había pasado, la había dejado. Había querido ser su amante hasta entonces; luego se había ido, alegrándose de no haber tenido que cambiar ninguna palabra final y de estar todavía libre. Ella no lo odiaba; era más bien desdén y no odio febril lo que la consumía. Una sensación de enervamiento exhaustivo cayó sobre ella. Estaba demasiado cansada como para odiar; sólo infinitamente amargada, absolutamente desesperada.

“No puede haber Dios”, dijo, “o no sufriría como sufro. ¿Qué es lo que he hecho para que así caiga sobre mí lo más duro de todo?”.

Se levantó y se dejó caer en una silla, comprendiendo en un instante que estaba muy cansada. Se desvanecía y tenía hambre, pero no prestó atención. Se había sentado en la silla, justamente cuando moría el día, y por último dejó caer su cabeza en la mesa y se puso a llorar amargamente. Luego se durmió, sentada como estaba; se durmió súbitamente, como si entrara en un trance profundo. Su cuerpo quedó rígido en su posición; pero ella estaba libre e hizo un largo camino en el mundo etérico, guiada por la forma que la había acompañado en el cuarto. Sobre ellas volaba un ángel cuyas blancas alas resplandecían con puntitos luminosos como diamantes, producidos por la luz que había dentro de él mismo.

La joven era tan hermosa en este mundo como lo era en el físico; pero sus ojos estaban cerrados, y ni veía, ni oía, ni entendía. Y su hermoso rostro era duro como esculpido en mármol, aunque estaba formado de sustancia etérica.

Su guía, la formó sombría que había traído esa sombra sobre su rostro, la llevó a un extraño lugar que no puede describirse en lenguaje humano, que es el templo de su especie; y allí la dejó caer en presencia de aquel que la dominaba y que también tenía autoridad sobre él.

“¿La has hundido en la amargura?”, preguntó el Terrible; y su servidor contestó: “Sí”.

El ángel plegó sus alas y bajó y se puso al lado de ella.

“¿Cuál es su pecado?”, preguntó.

“Aquí está escrito”, contestó el Terrible; y abrió un gran libro y mostró una página en la que estaban escritas, con letras que fulguraban como llamas de fuego, la historia de las vidas pasadas, en la que esa mujer había jugado con los corazones de esos dos hombres y los había hecho polvo y cenizas en sus manos, de manera que ellos habían vuelto a entrar en la vida sin corazón y sin conocimiento de lo que es amor.

“Es su propia culpa”, dijo el Terrible. “Es su pecado el que ha hecho de estos hombres lo que son. Esto les debe ser ocultado a ellos, pero ella debe saberlo. Abre sus ojos y le mostraremos el cuadro de su pasado y entonces lo recordará como un sueño”.

El ángel tocó sus ojos, pero no se abrieron. Eran como ojos de piedra.

“Aún no”, dijo, “es demasiado pronto. Debe volver y sufrir más todavía”.

Y entonces el guía la levantó y se preparó para llevarla otra vez al mundo físico. Y conforme el ángel extendía sus alas, el Terrible le dijo: “Ya estamos cansados de este trabajo de castigar a los hombres. ¿Cuándo los llevará a su redil el Salvador del Hombre?”.

El ángel inclinó la cabeza pero nada dijo. El Terrible habló nuevamente a su servidor y le dijo:

“Trae sobre ella las aguas de la aflicción y báñala profundamente en amargura”. El servidor inclinó la cabeza asintiendo y no dijo nada; los tres partieron hacia la tierra. Y cuando el espíritu de la mujer volvió a entrar en su cuerpo, apenas lo podía levantar, tan acalambrado se había quedado en su mala posición. El día ya llegaba y una vaga luz entraba en la sórdida tristeza del lugar en que estaba; y ella no sabía de ningún otro, porque no podía ver más allá de sus cuatro paredes. Porque no parecía haber nada ni fuera de ellas ni más allá tampoco. Y, sin embargo, sobre ella, muy cerca, flotaba el angélico guardián que estaba para abrirle las puertas del Paraíso en cualquier momento. Pero ella estaba ciega y sorda.

Mirando en torno suyo y comprendiendo su estado físico, se levantó con dificultad. Vagas y enmarañadas memorias de haber volado por el gran espacio, así como de la guía y ayuda que encontró en el camino, luchaban en su cansado cerebro con la conciencia de su amargura en la tierra que ahora volvía. Vagamente comprendía que no se había sentido tan sola en ese gran espacio como en la pequeña habitación en que estaba y allí había tenido compañía, mientras que aquí no.

“¡Hubiera querido no despertar más!”, dijo, “quisiera volverme a dormir para siempre y nunca más despertar”.

Pero eso no podía ser. Toda soñolencia desapareció y volvió a sentir agudamente su miserable situación. “Es inútil quedarse sentada aquí, salvo que quisiera matarme”, pensó: “tengo que hacer alguna cosa”.

Pensó y meditó en la idea de quitarse la vida para poner un punto final a su situación actual. Pero no le placía. Hasta ahora en esta encarnación no había pensado nunca en que pudiera haber vida o conciencia fuera de ella. Su insolente belleza, su soberbia salud, y el lujo en que había vivido hasta entonces, la habían satisfecho por completo, y no se había preocupado de mirar más allá. Si hubiera retenido este sentimiento que hasta entonces le había servido, de que nada había más allá de la vida que ahora tenía, habría puesto fin a su existencia sin vacilar. Pero los enmarañados y vagos recuerdos de su experiencia reciente, detuvieron su mano; no sabía a qué lugar podría conducirla esa acción apresurada. Aunque menos abandonada y sola en el mundo etérico que en la tierra tenía la vaga sensación de que su posición allí sería, en alguna forma obscura que desafiaba todo pensamiento, mucho menos deseable que la que tenía aquí. Aquí se encontraba herida, maltratada, mereciendo toda la simpatía de los dioses y de los hombres, y aunque esa simpatía no se manifestaba, ella sentía que tenía derecho a ella, lo que le daba cierta fortaleza desafiante. Pero allí, en ese gran espacio, entre esos seres extraños y poderosos, tuvo la sensación de que ella tenía la culpa.

“Me he excedido”, se dijo, “mi cerebro se está embrollando. Me volveré loca si no tengo cuidado”.

El instinto de preservación se hizo sentir. Mecánicamente, apenas consciente de lo que hacía, comenzó a lavarse la cara y a peinar sus cabellos.

Mientras se miraba en el pequeño espejo se asombró al ver el cambio de su rostro. La alteración era muy profunda. Los que conocían su apariencia, hubieran visto en seguida los signos del sufrimiento que había experimentado. Pero también había un cambio más profundo que ese. Un cambio que hablaba del primer movimiento del espíritu, del principio del despertar de su naturaleza superior. Este despertar era agudamente penoso porque le traía en una forma muy vaga el sentimiento de que ella era culpable de no sabía qué, pero sin embargo culpable de algo.

Salió de su habitación y bajó las escaleras en dirección a la calle. Era un día horrible, húmedo, que le hizo sujetarse el manto que llevaba, uno de los más sencillos de su antiguo guardarropa, el único que le había parecido apropiado traer al sórdido presente de su fastuoso pasado. Fue a un restaurante cercano, donde sabía podría conseguir un sencillo desayuno como el que deseaba, ahora que su fuerza física empezaba a reafirmarse otra vez.

En este restaurante tuvo una curiosa experiencia, la que marcó el comienzo de una nueva vida para ella. Primero de todo se desmayó; sentada a la mesa se desmayó por primera vez en su vida, antes de que le trajeran el té que había pedido. Era un desmayo de puro agotamiento. No se encontraba en debidas condiciones para salir al frío de la calle.

Cuando abrió los ojos, después de sólo un momento o dos de completa inconsciencia, la camarera que la servía estaba inclinada sobre la mesa contemplándola fijamente.

“Gracias a Dios”, dijo la muchacha con un suspiro de satisfacción, “me alegro de que haya vuelto en si sin más molestias. Beba su té y pronto se sentirá mejor”.

Lentamente, mientras bebía el té caliente, la vida y el entendimiento volvían a ella; y cuando hubo terminado se compuso, sin mostrar ningún signo de debilidad.

La camarera se fue para atender a otros clientes, pero pronto volvió a su lado.

“Yo la conozco”, dijo en voz baja, “usted es Margarita Litton, he visto su retrato en los diarios. Estaba al lado de su padre. Ya sé que ha ido ahora a cumplir su condena. Y ¿Cómo se encuentra usted ahora sola?. ¿Dónde están sus amigos?”.

“No tengo ninguno”, contestó Margarita amargamente.

“Así lo creía. Todos se han ido, ¿no?, como si fueran ratas que huyen del barco que se va a pique. Así hacen los amigos de los ricos. Mi madre desea verla. ¿Quiere usted venir?”.

Margarita la miro con sorpresa un tanto apática.

“Ha oído hablar de usted”, dijo la muchacha, “todo el mundo ha oído hablar de usted. Muchos ya la habrán olvidado hoy, por supuesto, porque hay otras noticias en los diarios; pero mi madre no. Voy a casa media hora a las doce, está en la esquina. ¿Quiere venir?”.

Margarita vaciló, no tenía la menor idea de para qué iba a ir, ni razón alguna para hacerlo. Pero la conmovía la persistencia que veía en los ojos de la muchacha, y como la llamaban desde otra mesa, le pareció menos penoso decir que “sí”, que hacer más preguntas; y por lo tanto dijo que sí.

“Espéreme en la puerta a las doce, entonces”, dijo la muchacha, y se fue.

Margarita había dicho en verdad que no tenía amigos, porque su padre se había rodeado de esa clase de amigos que desaparecen al primer asomo de disgustos de cualquier clase. Pero sí tenía ella relaciones. La hermana de su madre no había dado signos de vida; pero ella era entre todos a la que más temía aproximarse Margarita. Decidió, mientras todavía se sentía fortificada por el desayuno, ir a verla una vez y pedirle consejo. Caminó rápidamente, con soltura, y antes de mucho estaba en casa de su tía.

“¿Dónde has estado desde ayer?”, le preguntó la tía en cuanto la vio. “Me contaron que saliste del juzgado sola, y nadie parecía saber nada de ti. Temía que hubieras hecho algo desesperado que te hubieras suicidado, o algo por el estilo”.

“No, no haré eso”, dijo Margarita lentamente, reconociendo al decirlo que desde la última noche tenía miedo de hacerlo. Fui a ver a una pobre mujer que conocía y tomé una de sus habitaciones y me quedé allí. Necesitaba estar sola. Estaba medio loca”.

“Debiste haber venido aquí”.

“¿Cómo hubiera podido hacerlo, conociendo tus sentimientos sobre...”, (aquí su voz desfalleció y se hizo dura a la vez) sobre mi padre”.

“Siempre he odiado a tu padre y he sospechado de él. Tu madre nunca se debió haber casado con ese hombre, y si yo hubiera podido se lo habría impedido. Pero no pude - creo que lo amaba - y él le destrozó el corazón”.

Durante un tiempo, después de estas palabras, se produjo un silencio. Margarita sintió que toda la amargura de la vida la inundaba por todas partes; la forma mística estaba en la habitación y arrojaba oleadas de amargura sobre ella. Le pareció insoportable. Por último habló. Su voz estaba llena de amargura también.

“Yo también lo amaba”, dijo ella. “Ahora comprendo todo lo que sufrió mi madre. He venido a pedirte por ella qué es lo que me puedes aconsejar que haga. No tengo más que la ropa que llevo encima y unos cuantos chelines. Todo lo dejó tras de mí”.

“Hasta las joyas de tu madre, supongo”, dijo Mrs. Hillier con un extraño sonido en su voz.

“No volví más a casa después de oír la sentencia”, dijo Margarita, “pero aunque hubiera ido no hubiera podido traer nada tampoco. Nunca me imaginé que mi padre tenía semejantes deudas, pues de lo contrario hubiera tratado de hacer algo mucho antes. Todo pertenecía a los acreedores”.

“Sí tenías razón, creo, pero hubiera esperado que tu padre habría guardado algo para ti, fuera del país, oculto en algún lado”.

“No”, contestó Margarita, “y no lo hubiera tomado aunque así fuera. Aconséjame lo que debo hacer”.

“Tendrás que buscarte un empleo. Mejor sería que te fueras al extranjero, donde no es probable que tropieces con gente que te haya conocido; yo te ayudaré a conseguir un empleo; entretanto puedes venir y quedarte aquí”. La amargura la ahogaba; sabía muy bien que estas palabras las dictaba un sentimiento de deber solamente.

“Muchas gracias”, contestó lentamente, “pero no lo haré. Sé que eso sería muy penoso tanto para ti como para mis primos. He alquilado la habitación por una semana; está en una casa muy pobre, pero es muy tranquila. La mujer que me la alquiló solía venir a casa a ayudar a los sirvientes a veces. Me vio salir de los tribunales y me siguió porque tuvo la misma idea que tuviste tú. Me fui a casa con ella. Te daré mi dirección y así podrás escribirme allí”.

“Muy bien”, dijo Mrs. Hillier, tomando el papel en que Margarita había escrito la dirección. Le echó una ojeada y vio que estaba en un barrio muy pobre. Margarita se levantó y se fue quietamente, no recibiendo ni esperando recibir ningún saludo afectuoso. El criado que la acompañó a la puerta le echó una mirada compasiva; pero ella no se dio cuenta. Deseaba salir de esa casa en que no era querida. El sentirse non grata era precisamente lo más amargo en ese momento. Una de sus primas subió corriendo la escalera para poderla ver desde una de las ventanas, con los ojos llenos de lágrimas; dudó un momento entre seguirla o no, y así se escapó la oportunidad. Margarita la hubiera podido haber visto si hubiera mirado, pero no era el objeto de su atormentador que recibiera por ahora consuelo alguno; así que la arrastró, como un alma perdida, a través de las calles mojadas, azotadas por el viento invernal. Llegó apenas un poco antes de la hora en que debía encontrarse con la camarera del restaurante, y se puso a pasear esperándola.

Mrs. Hillier fue a la casa donde estaba alojada Margarita, casi en seguida, y vio la pequeña habitación que tenía, hablando con la mujer que atendía la casa. Pero Margarita no adivinó que podía suceder esto, y nada supo de ello tampoco hasta el día siguiente, cuando le trajeron el desayuno, diciéndole que se habían tomado diversas medidas para su mayor comodidad.

Ahora prefería caminar por la horrible callejuela más bien que ir a su habitación, porque le parecía que echaría de menos el fuego y el alimento y todas las demás cosas a que estaba acostumbrada y que antes se había

imaginado que venían por sí solas. Porque estaba empezando a aprender que todas estas cosas no vienen por sí solas y que su padre la había dejado sin los medios de adquirirlas. Ciertamente, él también sufría, pero en cambio había cometido sus crímenes y se había holgado en su resultado. Ella nada malo había hecho y sufría por los pecados de él. Así giraban sus pensamientos y su corazón se endurecía contra él. Y su atormentador la empujaba de aquí para allá, de manera que ella caminaba rápidamente, como una fiera en su jaula. En una de sus vueltas se enfrentó con su nueva conocida, aunque al principio no la reconoció.

“Venga”, dijo la muchacha, “tenemos poco tiempo”.

Doblaron la esquina hacia un grupo de casas de inquilinato, y entraron en una de ellas. Y fueron subiendo por las escaleras, arriba y arriba, siempre más arriba, hasta el mismo techo, y allí, en un pequeño cuchitril bajo el tejado, estaba una figura envuelta en harapos, paralítica y deforme, y cuando la cara de la anciana se volvió hacia ella, Margarita vio que sus ojos no tenían luz.

“¿Quién viene contigo?”, preguntó la anciana. “No, no necesitas decírmelo, ya veo quién es. Has sabido encontrarla para mí; pero supongo que el Maestro te la trajo. No puedo levantarme para saludarla, señorita; he estado inválida con reumatismo y otras cosas durante muchos años. Tenía el presentimiento que usted estaba desesperada cuando mi hija me leía los diarios; y veo que efectivamente lo está”.

Margarita se volvió sorprendida a la muchacha. Ella se rió.

“Madre habla siempre así”, dijo, “dice que ve a las personas, aunque está ciega”.

“Si, veo a la gente”, dijo la anciana, “pero no es su cuerpo el que veo”.

¿Quiere quedarse un ratito conmigo?. Tengo algunas cosas que me gustaría decirle, y no veo que tenga usted prisa alguna por ir a ninguna otra parte”.

“No, en verdad”, admitió Margarita, “me quedaré, si ele agrada”.

La muchacha le alcanzó una silla, y casi en seguida se fue.

“Cuando quiera irse”, dijo, “dígaselo así a mi madre; pero a ella le agradecería que se quedara un rato”.

Con un saludo se fue. Cuando el ruido de sus pasos dejó de oírse, la mujer empezó a hablar otra vez, en una forma y tono tan cambiados que Margarita no pudo contener su sorpresa.

“Te veo como una pobre alma acorralada en manos del atormentador”. Te reconozco porque yo misma soy un alma perdida que sufre el tormento. Escucha y te diré. Esa muchacha me llama madre, pero ella no es mi hija. Mi hija era amiga suya; no tenía yo a nadie quien amar sino a ella; y murió en un accidente. No tenía otro camino más que seguirla y traté de hacerlo. Pero no lo conseguí; lo único que conseguí fue quedarme inválida y enferma para toda la vida. Y aquí estoy, un alma perdida en mi prisión. Eso es lo que es mi cuerpo. Me tiene sujeta como con grilletes. Si no me hubiera rebelado y blasfemado, cuando me quitaron esa hermosa vida infantil, se me hubiera permitido seguirla. Ahora lo sé, pero no lo sabía entonces y creí que ya había terminado todo; no sabía que había algo más allá de este mundo. No puedo salir de este mundo, estoy aprisionada en él, pero en mi largo encierro he aprendido la verdad; las escamas han caído de mis ojos. No de mis ojos físicos que están ciegos; sino de otros ojos que tengo yo, que todos tenemos, aunque somos pocos los que con ellos vemos. Muchos creen que estoy loca cuando les hablo, como usted, pero nada importa. Cuando su cuerpo está dormido y usted salga de él, entonces comprenderá lo que le estoy diciendo y esto le será de gran ayuda. Porque aunque yo estoy en manos del atormentador, el Cordero de Dios vigila sobre mí, y de vez en cuando me trae alguno a quien puedo ayudar. Y eso me ahorra largos años. ¡Oh, Señor, cuándo vendrá la liberación, cuándo caerán los grilletes!”.

Dejó de hablar y siguió un largo silencio, como si estuviera absorta en pensamiento. Margarita creyó que se había olvidado de ella. Miraba a la extraña figura con admiración. El aspecto era el de una pobre mujer del pueblo, vieja y destruida. Margarita vio que había leído sus pensamientos, porque la mujer habló de pronto y dijo:

“Si, hace mucho yo también era como tú. Mi primera prueba fue la pobreza, y luego la pérdida de lo único que amaba y por lo único que vivía. Tú has tenido las dos pruebas en una: lo has perdido todo. Lo sé; lo veo. No te rebeles y no blasfemes. Yo he estado orando por ti”.

“¿Y qué otra cosa puedo hacer?”, dijo Margarita en voz baja, agonizante.

Un extraño sentimiento la sobrecogió conforme habló la sensación de que había algo más en el cuarto, además de ellas una cosa más bien que una persona, aunque llena de poder y conscientemente cruel. La mujer inclinó la cabeza y murmuró unas palabras que Margarita no pudo oír. Y de pronto se levantó.

“¡Tengo miedo!”, exclamó, y se asustó del sonido de su propia voz, porque no había querido hablar. Pero ya que había hablado, dijo algo más.

“Me voy - siento que me desvanezco - quiero salir al aire libre”.

Y en verdad algo feroz había caído sobre ella, el sentimiento de que tenía que escapar de ese lugar y de la presencia de esta terrible vieja. Se volvió hacia la puerta, pero en vez de salir, cayó en su silla inconsciente. Pero la inconsciencia era sólo física y aparente. Vio a través de los blancos párpados, que había una figura brillante a su lado que sintió era la misma que le había estado hablando; y más allá estaba otro Ser que era todo Luz. Una mano suave y tierna la tocó, y una voz infinitamente dulce dijo:

“Sufre y sé fuerte. Ven a Mí”.

El desmayo pasó y en gran confusión perdió de vista la gran Luz y abrió sus ojos al oscuro cuartucho. La inválida mujer había tratado de venir a socorrerla y se había caído al suelo, donde lanzaba lamentos de dolor. Pero en sus labios temblorosos brillaba una extraña sonrisa.

Margarita la levantó y la atendió lo mejor que pudo durante largas horas solitarias y angustiosas. Por último volvió la muchacha. “¡Pobre madre!”, dijo, y eso fue todo. Finalmente el cuerpo torcido pareció enderezarse y crecer; la liberación había llegado.

Ambas se arrodillaban y oraron; y luego hablaron largamente. La muchacha, cuyo nombre ignoraba Margarita, le contó cómo uno que la amaba la estaba esperando y la había esperado años, porque ella no quería abandonar a la pobre inválida.

“Ahora nos casaremos”, dijo, “y ella nos bendecirá. ¿No siente su bendición en la pieza?. Ella nos está bendiciendo”.

Por la mañana volvió a su propia habitación. Conforme ella marchaba hacia su casa, sintió que el atormentador la había abandonado. Las aguas de la amargura habían lavado su alma y desaparecido en seguida. Se movía en una atmósfera de amor. Una resolución iba tomando cuerpo y fijándose en su mente; la de no abandonar el país, sino arreglarse de alguna manera para vivir cerca de su padre, de manera que pudiera ir a verlo cuando le fuera permitido hacerlo. Sintió un inmenso alivio cuando comprendió que en realidad lo había perdonado y que estaba preparada para amarlo y servirlo.

Cuando volvió a entrar en la habitación en que había pasado horas tan amargas y terribles, se encontró con una carta de su amado. Este había podido obtener su dirección de Mrs. Hillier y visitó la casa durante su ausencia, dejando entonces esa carta para ella. El le contaba con toda franqueza una historia muy extraña, haciendo una confesión completa y viril. Había rehuido toda relación con ella y su padre; en realidad había desertado de su lado. Pero en el curso de la siguiente noche, en que no pudo dormir, le pareció como si una influencia misteriosa le hubiera tocado el corazón y lo ablandara. Y un gran deseo había brotado en él, el deseo apasionado de ayudar y consolar a la mujer que así había desertado en la hora de la necesidad. Y esto lo sintió con tal vehemencia que en cuanto pudo saber dónde había ido, se fue a buscarla. Todas las circunstancias parecieron favorecerlo, y el ángel que había sido enviado para soltar los resortes del corazón cerrado, le allanó el camino. Porque el destino de Margarita había dado vuelta por completo, ahora que las sabias palabras de una que había sufrido habían caído en buen terreno fértil, permitiendo que las aguas de la amargura se apartaran de ella. La necesidad de ésta había pasado.

Ese mismo día la vio reunida con el hombre que la había amado y que ahora la amaba otra vez; la noche que siguió fue para ella el punto de vuelta de su vida entera. Porque cayó dormida en un profundo sueño de agotamiento,

como si estuviera muerta. Y el ángel que la guardaba la llevó al Terrible, y tocó sus ojos y vio que se abrían. Y ella vio entonces el cuadro que le habían preparado de sus encarnaciones pasadas y de sus relaciones con aquellos dos hombres, que de nuevo se encontraban inextricablemente asociados con su destino. Y comprendió que ella debía dedicar una vida entera de devoción a los dos. Y cuando se despertó de su sueño, fue para ella como si se hubiera bañado en un manantial de dulzura, que destruyó todo recuerdo de las aguas amargas. Y en esa dedicación encontró la dulzura de su propia vida.

SOBRE AQUELLO QUE RESISTE

El poder de la resistencia es la primera semilla de la verdadera inmortalidad, la inmortalidad que no se inclina hacia el renacimiento y que no requiere ya el reposo y la oportunidad temporaria de la vida mortal.

Pero hacerse consciente del yo como llama que nunca muere y jamás se apaga, es más de lo que el espíritu del hombre puede abarcar. Lo intimida y lo alarma, y sólo puede afrontar la ordalía de descubrir lo que él mismo es, con ayuda de una larga preparación. Esta preparación consiste en aprender a resistir y a aguantar.

Aquello que en la naturaleza del hombre tiene el poder de resistir y soportar, es lo que toma sobre sí la tarea de edificar una habitación, o una forma, en que morar; y así el espíritu se encuentra revestido de sustancia física o espiritual.

En la mayor parte de los hombres, el poder de resistencia es muy ligero en verdad y sucumben ante cualquier prueba larga. “El que soporte hasta el fin, ese será salvado (o iniciado)”, es una enseñanza oportuna en todo tiempo para todos los discípulos. Y es una enseñanza que nunca queda en el pasado o que se puede sobrepasar; desde el comienzo de la verdadera vida, de la búsqueda por la inmortalidad, hasta el fin, la necesidad de la resistencia, del aguante, no sólo está siempre presente, sino que va aumentando. La vida mortal, el instructor del hombre, está aplicando pruebas constantemente a los espíritus que pasan por su crisol, con el propósito de verificar su poder de resistencia y su aptitud para pruebas más rigurosas. Este hecho profundo y fundamental de la vida humana, es el que ha dado origen a los relatos de pruebas y ordalías por las que se ven obligados a pasar los estudiantes de ocultismo, según las arbitrarias órdenes de sus maestros. La verdad se encuentra oculta en lo más íntimo del centro de las cosas de la vida humana. No sólo el estudiante de ocultismo declarado, sino también todo ser humano, se ve sujeto constantemente a prueba y, de acuerdo con su poder de resistencia, a ordalías. Estas son de toda clase, adaptadas en cada caso al carácter del así probado; y la complejidad infinita de la vida humana, el tupido

tejido de la trama del destino, surge de este estrecho entrelazamiento de pruebas innumerables. La resistencia y el aguante del padre es puesta a prueba por la volátil naturaleza del hijo; la resistencia del hijo, que está lleno del deseo de vivir, es a su vez sometida a prueba por las limitaciones del padre.

La forma en que las generaciones sucesivas se entrelazan unas con otras, suministra una serie incesante de pruebas, y de vez en cuando se aplica una severa ordalía, mediante esta ensilla ley de la Naturaleza, cuando sus condiciones se ponen en tensión y se hacen extremas. El hijo que ha resentido la prudencia del padre y negándose a soportarla, vuelve a la tierra para sufrir una mayor opresión de uno que esté aún más lejos de su simpatía por razón de edad o de cualquier otra causa. Pero si aprende la lección que tiene delante, y comprende que debe adquirir la resistencia necesaria, siendo ésta la única norma de conducta digna y recta, es muy probable que se encuentre con una verdadera ordalía al renacer, como prueba de su adelanto, teniendo que soportar opresiones y limitaciones que a la mente finita le parecerán absolutamente injustas. Algunas veces, grupos enteros de discípulos que están prontos para pruebas severas y rigurosas, encarnan como súbditos de algún regente tiránico o de un gobierno corrompido, teniendo que sufrir grandes penurias que despertarán la indignación general. Es bueno que se sienta y se exprese esta indignación, y que se haga todo esfuerzo para aliviar y rescatar a los así oprimidos, aún por aquellos que estén suficientemente adelantados como para ver más allá de las leyes de este plano; porque el hombre no tiene derecho a nada que no sea auxiliar a sus hermanos, de quienes no es juez y a quienes no puede juzgar. Pero los que ya están adelantados obtienen ayuda en sí mismos por el conocimiento de que todo el sufrimiento del mundo tiene lugar de acuerdo con la ley, y de que toda penuria es un instructor compasivo. El destino del hombre es tan grande, tan trascendental, que necesita el ejercicio severo, que es de absoluta necesidad para todo aquel que tiene que llenar puestos de gran responsabilidad.

Cuando viene el primer disgusto, eso que gradualmente se intensifica convirtiéndose en sufrimiento, todos tratan de escaparse, imaginándose que pueden hacerlo.

Parecería como si un ligero cambio de circunstancias, un cambio de lugar, o de tarea, o de asociados, sería suficiente para convertir la vida en lo que era antes de que comenzara la prueba. Pero pronto se ve evidentemente

que, o el cambio es imposible, o que no produce el resultado que se desea. En cuanto esto se manifiesta comienza una acción dentro de la naturaleza del hombre. Mientras la prueba era ligera, la consideraba como completamente externa a sí mismo, algo que Podría arreglarse mediante una alteración de las circunstancias exteriores. Pero cuando comienza a sentirse una presión más profunda y el poder superior que el hombre llama Destino, ordena que persista la presión, entonces el hombre la siente dentro de sí mismo, en el mismo corazón de su ser. Si se rebela, desprendiéndose de responsabilidades y deberes, o rompiendo los lazos que lo ligan, entonces su corazón se contrae, disminuye en tamaño y a la vez de sensibilidad. Si decide que debe aguantar y resistir como norma de conducta, y reconoce sus responsabilidades, dejando que lo circunden y hasta que lo arrastren, entonces el corazón se expande y se desarrollan sus poderes. Porque es el ego, el verdadero yo, el que tiene el poder de soportar. La parte animal del hombre, la forma en que camina por la tierra, no tiene ese poder. La bestia del campo que sufre males físicos heroicamente, lo hace mediante un poder propia que el hombre ignora por completo, porque aunque es la compañera del hombre en este mundo, está siguiendo una ley evolutiva diferente y su ser será siempre un misterio para él. Cuando el hombre sufre males físicos o sufrimientos mentales, o cualquier dolor o pena por celos, ira, pesadumbre, con heroísmo y resistencia, lo hace en virtud de aquello que constituye su verdadero ser y que tiene en sí el poder de la eterna persistencia.

El hombre que se enerva así con las penurias y las ansiedades, se prepara para una probación más larga. Probablemente obtendrá como resultado inmediato, que casi siempre reviste el aspecto de una recompensa, una encarnación de holganza y lujo. Esta se le concede para que pueda reunir sus fuerzas y aprontarse para seguir adelante. Pero está obstaculizando el progreso de la raza con su lentitud, lo que hará que su lote individual sea más duro cuando progrese. Por lo tanto, el que retrocede ahora, si se le da tiempo para recuperar su aliento y su valor, necesitará ganar el tiempo perdido más adelante. Es mejor afrontar cada ordalía cuando se presente, soportarla y quedar en libertad para pasar a la próxima. Es una ilusión imaginarse que puede escaparse uno de ella no haciéndolo así. Sólo se consigue postergarla. No hay jamás la menor posibilidad de escape porque el hombre mismo, es el que ordena su propio destino. La raza vino como un todo unido al lugar que había sido creado para su crecimiento, y como un todo único saldrá también de allí. Y cada hombre participó en esta decisión de descender a la materia, así

como cada hombre participará en el deseo de pasar a través de ella y alcanzar aquello que está más allá. Las tinieblas de un alma oscurecida son causa de oscuridad para todos los hombres. El gobernante injusto que sirve de instrumento para causar sufrimientos a grupos de almas que progresan, es un obstáculo para el hombre, no a consecuencia de esas malas obras, sino a consecuencia de la oscuridad que reina en él y de la dureza e insensibilidad de la simiente espiritual que haya en él. Y se hundirá de nuevo en la dejadez, en el sueño y en entretenimientos infantiles, mientras que sus oprimidos se levantarán y seguirán adelante. El tirano es quien necesita auxilio, no sus víctimas; pero sólo mediante el esfuerzo para salvar a las víctimas es como se le puede enseñar la maldad de sus obras, de tal suerte que el ocultista adelantada actúa en la crisis de este carácter, en la misma forma que lo haría el hombre justo que no sabe nada más allá de lo de este plano.

El mal no perdura en el hombre; no tiene persistencia. Es aquello que lo aparta de todo lo que es penoso para sí mismo y lo vuelve indiferente para el dolor que sufren los demás. Le impide soportar ninguna prueba o sobrevivir a cualquier ordalía; lo convierte en rebelde, en uno que quiere separarse de la marcha de la raza. Por lo tanto el mal se desprende de él porque no es de aquello que perdura.

FABULA III

Un niño estaba al lado de un río ancho y profundo, contemplando sus oscuras aguas. Era un hermoso muchacho de ocho o nueve años, con todas las maneras, presencia y vestido, de uno que se encontrara en elevada situación. Evidentemente su nacimiento era uno de esos que implican grandes responsabilidades, como pasa con todas las posiciones elevadas. Este hecho despierta el interés de aquellos que comprenden el significado de la vida, porque, bien sea el resultado un éxito o un fracaso, la persona que nace en tal situación lo ha hecho porque se la considera digna de una prueba severa.

Mientras estaba allí tranquilamente, absorto en un pensamiento tan profundo que llamaba la atención en un ser tan joven, un hombre que venía por la orilla del río se sintió atraído por su apariencia y se puso a observarlo. Era un hombre en lo mejor de la vida, fuerte y trigueño, con ojos negros penetrantísimos; estaba vestido como si anduviera de excursión y tenía el aire de estar haciendo una larga expedición. Pero el rostro y la actitud del niño tan

profundamente pensativo lo atraían y detuvo su marcha, quedándose un largo rato en observación. De pronto el niño levantó la mirada y contempló al hombre con interés, pero aparentemente sin discernimiento. Claramente se veía que los forasteros no eran para él motivo de alarma o de peligro, o, si no, es que no estaba en su naturaleza el sentirse alarmado. Ciertamente tampoco había nada en la apariencia de ese hombre que pudiera atemorizar a un niño, salvo su mirada, de carácter tan penetrante y dominador, que más de un muchacho de esa edad habría huido. Pero este niño le devolvió la mirada con otra no menos intrépida, que parecía a la vez interrogarlo con interés. Después de un rato el hombre habló:

“Creo que he entrado en una propiedad privada, dijo, y que usted es el propietario de la tierra en que estamos”.

“Sí”, dijo el niño con sencillez, “pero no tengo poder alguno sobre ella y no lo tendré por muchos años. Es una lástima que sea tan joven. Sin embargo, se presta bastante consideración a mis deseos y puedo darle la bienvenida a estas tierras que otros administran por mí. ¿Tiene que caminar una larga distancia? ¿Quiere venir y descansar en el castillo?”.

“Estoy haciendo un viaje a pie por Inglaterra”, contestó. “Deseo conocer todo el país. El curso de este río es nuevo para mí y deseo seguirlo hasta su fuente. Me gustaría grandemente descansar un rato y también examinar su castillo, del que he oído hablar mucho”.

“Muchas millas de este río son mías”, dijo el niño. “Debería ser un río amigo, pero sin embargo no puedo menos que considerarlo como enemigo, porque mi padre murió en él”.

Estaban parados uno al lado del otro, en silencio, contemplando las oscuras aguas. El hombre nada dijo, pero el niño sintió que su silencio era elocuente y estaba consciente de su simpatía.

De pronto echaron a andar, sin decirse nada. Luego dijo el niño:

“¿Quiere decirme su nombre y dónde vive?”.

“¿Puedo mantener mi nombre reservado para usted hasta que haya hablado con su madre?”.

“Entonces, ¿Usted la conoce?. ¿Satisfaría usted sus deseos?”.

El hombre asintió.

El muchacho se detuvo y lo miró intensamente.

“¿Así que es usted?”, dijo. “Aquel que tanto había deseado conocer.

¿Fue por culpa suya que mi padre se suicidó ahogándose en el río?”.

Nuevamente el hombre asintió.

“¿Y para qué viene aquí?. ¿Para hacer sangrar otra vez el corazón de mi pobre madre o para quitármela a mí?”.

“Ninguna de las dos cosas, Lord Highmount. He sufrido y me he arrepentido. He llorado como nadie la muerte de su padre. Y ahora que usted sabe quién soy, será usted quien decida todo. Deseaba pasar por este camino y contemplar el castillo desde lejos. Cuando lo vi a usted y luego cuando me invitó a ir allí, me pareció que quizás era la mano del destino. Pero ahora ya no estoy seguro. No iré al castillo salvo que usted así lo desee, salvo que usted crea que es mejor que lo haga. Creo estar ya purificado de la pasión que destruyó la vida de su padre y echó a perder la de su madre. Con el mayor placer los serviría tanto a usted como a ella si estuviera en mi poder hacerlo. La única cosa que quisiera hacer, no puedo hacerla: no puedo hacer que el muerto resucite”.

“La muerte no existe”, dijo el muchacho sencillamente. “Mi padre no hizo más que irse, de aquí a otra parte, pero está en algún otro lado. No puedo todavía perdonar a mi madre por haberlo hecho sentir que tenía que irse. Me agradecería más que usted no la viera a ella. No soy más que un niño, pero sé que sería mejor que usted no la vea”.

“Adiós”, dijo el hombre, “es usted un muchacho valiente de verdad. Lo bendeciré todos los días”.

Y así diciendo dio vuelta y se fue rápidamente, mientras Lord Highmount se quedó contemplándolo hasta que desapareció de su vista.

“¡Y éste es Otto Derril, el hombre de quien todos dicen que es un pillastre!”, se dijo. “¿Cómo puede serlo?. ¿No hubiera hecho mejor mi padre en aguantarlo todo que en suicidarse?”.

Su padre, aunque invisible, estaba al lado de él, porque era un espíritu encadenado a la tierra, incapaz de dejar esa tierra en que debió haber transcurrido su vida. La había interrumpido en un arranque de celos insoportables. Su hijo estaba custodiado a cada lado por un ángel con la espada en la mano, para que no presintiera la proximidad del espíritu de su padre, a quien creía muy lejano. Su vida era muy preciosa y valiosa y por eso se la protegía así. Su padre, con los poderes del cuerpo psíquico, podía percibir sus pensamientos, y se supo así juzgado y condenado por su propio hijo. No había sido capaz de resistir; había fracasado en la prueba a que se lo había sometido. Y se avergonzó de ello al leer los pensamientos de su hijo.

En el Castillo de Highmount había una habitación que no era más que una capilla de dolor. Aquí se había reunido todo lo que había sido una propiedad especial del hombre que todavía hubiera podido estar en su lugar, usando y gozando de todas estas cosas y haciendo su trabajo. Nadie entraba en esta habitación sino la mujer cuya aparente infidelidad lo había sometido a una prueba que excedía a su resistencia; y su hijo. Allí se encontraba ella ahora, caminando de un lado para otro, con las manos entrelazadas. Estaba tan absorbida en sus pensamientos, que se había olvidado completamente de todo lo que no fuera la habitación en que estaba, donde diariamente revivía en su mente la tragedia de su vida. Había sufrido las más terribles amarguras, porque había sido mal comprendida e interpretada. El hombre que ella había amado y que amaba ahora lo mismo, era el padre de su hijo. Ella se había encontrado en circunstancias tales que no podía explicar, y la vehemente naturaleza de él lo excitó al extremo en juicio y obra. El la creyó infiel; rehusó soportar el tormento y la humillación. Ahora, en espíritu, lo sabía todo; y diariamente entraba en la capilla de dolor y lloraba amargas lágrimas al lado de ella. Y cuando algunas veces ella se quedaba absorta en sus pensamientos o sentimientos, de manera que olvidaba su cuerpo, cuando volvía en sí, tenía la sensación de que él estaba con ella, de que, por un momento, habían estado juntos otra vez.

¡Cómo había deseado ella también seguirlo! ¡Hundirse en las oscuras aguas y libertar su espíritu! Nada le importaba que las andanzas de él fueran horribles - y ella sentía que lo eran -; nada le importaba que su estado fuera muy triste; deseaba estar con él, deseaba compartir todos sus sufrimientos y dolores, para mostrarle toda la altura, la profundidad y la anchura de su amor. Pero esto no podía ser así, como el triste espíritu bien lo sabía, porque él podía ver perfectamente los hechos que apenas si podían ser vagamente sentidos por ella mientras estuviera encarnada. Él veía que la crisis en sus vidas, la tragedia que había roto su unión, era en verdad una prueba crucial, que había terminado en una separación de caminos. Porque ella había pensado instantáneamente, cuando le dieron la primera noticia de su suicidio y mientras luchaba con el vehemente deseo de seguirlo, en su hijo, ese hermoso niño que les había venido. “No puedo dejarlo sólo”, gritaba en su agonía, en esa agonía en que se debatía, de ese tremendo dolor que se produce cuando uno pierde a un ser a quien quiere más que a sí mismo. “No puedo dejar al niño!”, era el pensamiento que le impedía seguirlo a él; y esto sin el menor reproche para él por haber así abandonado el hijo al cuidado de una madre que, según creyó en ese momento, no era digna de ser madre. “Tengo que soportarlo”, se dijo; y aquello que resiste y soporta, se fortaleció dentro de ella.

Y el desfalleciente espíritu, que una vez había animado la forma de su joven y fuerte marido, retrocedió al ver el crecimiento de ella; y ocultó su rostro ante su brillantez. Porque vio fáciles escalones que conducían a lugares de reposo oscuros y sombríos, que lo tentaban; sentía que se hundiría y caería del lugar donde ella estaba. Pero venía diariamente a lamentarse con ella; él bien sabía que su sacrificio, y su crimen habían sido inútiles e innecesarios. El primer paso hacia abajo lo dio cuando lamentó amargamente la pérdida de todo lo que podía haber disfrutado y que no tenía por qué haber abandonado. De un lord en la tierra, se había convertido en un vagabundo sin hogar, en el límite del plano material. No era nada -no era nadie-, podía echarse a dormir y dejar de llorar. Lamentaría lo que había perdido, sí; pero no era él de los que se arrepienten, porque el poder de arrepentirse no estaba en él.

Egerton, Lord Higlunount, subió la escalera del castillo y entró por la gran puerta. Todo propietario de este castillo, lo había sentido como una parte de sí mismo, lo había amado como si fuera una cosa viviente. Egerton se había preguntado varias veces, cómo era posible que su padre lo hubiera dejado; no sabía que en realidad no lo había dejado, que aún ahora estaba en la misma

habitación hacia la que iba el muchacho, con la mujer que era a la vez el centro de la tragedia y triunfante neófito. Egerton llamó a la puerta, con unos golpecitos convenidos con su madre, y entró inmediatamente. Ella estaba allí sonriéndole, como siempre le sonreía: joven y hermosa, aunque sus cabellos se habían vuelto blancos como la nieve por el sufrimiento.

“Mamá”, dijo, “he tenido una extraña aventura. Allá abajo en el río me encontré con alguien a quien conoces muy bien. Quiero que lo sepas, aunque no podrás hablar de ello conmigo, porque no soy más que un niño. Era Otto Derril. Quería venir a verte y decirte cuánto ha sufrido y cómo se ha arrepentido, y que ha llorado a mi padre como nadie lo ha llorado. Adiviné quién era, y entonces me dijo que yo decidiera si debía o no venir a verte. Yo contesté que no, que mejor sería que no viniera. ¿Tenía razón, mamá?”.

“Si, la tenías”, dijo Lady Higlunount, “no deseo verlo absolutamente. De nada serviría. Nuestros caminos son distintos. No sé si podrás comprenderlo, Egerton, pero debo decirte que todo fue un gran error”.

“Creo que comprendo”, dijo el niño. “En todo caso ya me acordaré de todo y lo comprenderé cuando sea grande. Sé que eres mi linda mamita, y muy valerosa, y me siento orgulloso de ti”.

Y le echó los brazos al cuello y la abrazó apretadamente, y el desmayado espíritu que estaba a su lado huyó. Porque vio que el hijo y la madre eran almas gemelas; vio el espíritu del muchacho con toda su estatura al lado de ella, consolándola y protegiéndola. Y comprendió que como ella no estaba tan adelantada como su otro yo, había sido necesario que pasara por la ordalía que había sufrido; y ahora ya eran iguales y pasarían juntos a un elevado lugar, cuando su vida terrestre terminara.

Y entonces él se cubrió el rostro y huyó, para no volver jamás. Y buscó incesantemente el olvido y la paz.

Su esposa sintió que ese día la había dejado, que su presencia ya no estaba más allí; y ella dejó de ir a la capilla del dolor, lo mismo que él.

SOBRE LA DETERMINACIÓN DE LA DIRECCIÓN

El hombre ambicioso comienza a desenvolver la dirección de su naturaleza, preguntándose si ha empleado cada día y cada hora del día con suficiente provecho. Reconociendo que si gasta su energía en pequeñeces que se consiguen fácilmente, y en los pequeños placeres de la hora, nunca se elevará sobre el rebaño humano; y preguntándose continuamente si cada cosa que se le presenta vale la pena, se va haciendo capaz de dirigirse hacia una meta distante. Las dos cualidades que se obtienen mediante el ejercicio de la ambición son el poder de percibir y el de aspirar a una meta distante; y el de elevar todo su ser más allá del nivel en que ya se encuentra. Estas cualidades son esenciales para el discípulo, quien no puede pasarse sin ellas. Pero cuando la ambición ha muerto en su naturaleza, tomando su lugar el deseo de realización, entonces se necesita un nuevo poder. Además de su capacidad para dirigirse hacia una meta distante, el discípulo tiene que adquirir el poder de determinar si esa meta se encuentra en la debida dirección.

Desde el principio de los tiempos, hasta ahora, los grandes instructores de la raza humana han predicado la verdad de que ésta no tiene hogar permanente en el universo material, sino que no es más que una peregrinación que la llevará a otro lugar. Como conjunto, la raza apenas ha hecho de lleno su entrada en la materia y no está todavía preparada para salir de ella. Los individuos, que poseen ese libre albedrío que eventualmente los convertirá en dioses, dan vuelta en redondo frecuentemente. No hay pausa, el tiempo apresura continuamente al hombre a través de sus encarnaciones; no les permite detenerse; pero tienen la libertad de elegir su dirección. La dirección en que va el hombre es prácticamente todo lo que importa; si se dirige bien, tiene poca importancia la forma en que ponga sus pies en el camino, porque sus pisadas van continuamente apresurándose hacia adelante y se desvanecen de la tierra tan pronto casi como han dejado su huella impresa en ella. Esto es lo que hace al discípulo tan indiferente a su éxito o fracaso personal. Pero hay varios signos con los que puede comprobarse la dirección en que va, y es de vital importancia que de vez en cuando establezca claramente si va en la debida dirección.

Sólo pueden hacer esto aquellos que, mediante la larga práctica, han aprendido el arte de la concentración y que pueden eliminar de su vista todos los objetos, pensamientos y consideraciones mundanas. El hombre ordinario puede tropezar, tratando continuamente de encontrar el recto camino, orando siempre para conservarse en él; pero el discípulo puede comprobar positivamente por los signos que él conoce, si la dirección que lleva lo conduce al Supremo. Estos signos no pueden percibirse en el plano ordinario del pensamiento y no pueden ser discernidos en medio de las actividades normales, cuando el cerebro está trabajando activamente. El tumulto cerebral tiene que apaciguarse, de manera que el silencio sea completo. Entonces el yo puede retraerse al lugar en que hay percepción sin ojos y entendimiento sin palabras. Todos saben cuándo se llega a este lugar por la gran luz que, frecuentemente, es penosa por su intensidad y su claridad. El espíritu no se da cuenta de que tiene ojos para ver, pero sí se da cuenta de la gran luz que lo compenetra en tal forma que parece que todo su ser fuera presa de la luz. No se da cuenta de que posee el poder de oír o de que tiene sus órganos auditivos, pero en ese estado y lugar místico, penetra en el ser una voz insonora que le imparte completo entendimiento. Sólo en ese lugar puede lograrse el conocimiento de la dirección, y por lo tanto se verá que se necesita mucha preparación y un largo aprendizaje. Pero un discípulo no puede hacer progreso cierto hasta que ha obtenido el poder de lograr este conocimiento, y, por lo tanto, debe ponerlo ante sí mismo desde el momento en que hace el primer voto y pasa por el primer rito o ceremonia. Muchos dan su primer paso hacia el discipulado sin tener una idea clara de las tareas tan pesadas y severas que están ante él; esto no siempre puede evitarse, dadas las condiciones con que el destino rodea sus vidas. Esta ignorancia no resulta necesariamente en desastre, pero causará demoras y a veces gran descorazonamiento. Pero si el discípulo se da cuenta de lo que está ante él y de la gran devoción y dedicación que de él se espera, adelantará más rápidamente. Por lo tanto, hay y habrá enseñanzas más explícitas en estos últimos tiempos, porque la raza tiene que comenzar su preparación para partir del universo material y sus individuos pedirán y recibirán más auxilio y mayor instrucción. Además, la necesidad de una debida dirección se está haciendo continuamente más urgente; conforme la raza comienza a desprenderse de la materia y a elevarse, se convierte en un desastre mucho mayor el que uno se vuelva atrás y vaya en mala dirección. Manos visibles e invisibles se extienden desde arriba para sostener a los peregrinos en el arduo camino y guiarlos debidamente en todas las formas posibles.

Estos son los dos signos por los cuales conoce el discípulo, cuando se encuentra en la gran luz, si la meta que busca está en la debida dirección. El primero es si todavía es visible para él. Si se ha desvanecido de su vista, si la busca en vano con su mirada y no está allí, entonces es que no tiene relación alguna con el estado inmortal a que pertenece esa luz. No es más que una fantasía de su vida física, un juguete de niño que ha quedado detrás cuando el espíritu adquiere toda su estatura.

El otro signo es una sensación de ser atraído hacia abajo, desde el sitio de la luz, como si fuertes cordeles lo arrastraran hacia la tierra, hacia el centro mismo de la tierra donde arden los grandes fuegos. Esto lo siente solamente cuando el discípulo no ha cometido meramente un error respecto a la importancia y posición de su meta, sino cuando en realidad se ha dado vuelta y busca en mala dirección. Si no obedece a esta señal la primera vez que viene a él, pronto le será imposible alcanzar la luz dentro de sí mismo, y tendrá que volver a sentarse en el hogar de la materia, en el que las llamas y las chispas del deseo y del dolor lo envolverán de nuevo.

FABULA IV

Un discípulo estaba ante la puerta de la casa del Maestro y llamó. Dos veces llamó, y la puerta permaneció cerrada. Cuando llamó por tercera vez, se abrió súbitamente, y el Maestro mismo estaba allí. Tras él se veía un jardín hermosísimo, lleno de árboles en flor, con muchas fuentes, cuyas aguas estaban coloreadas con los matices del iris, sólo que con muchos más colores que los que pueden verse en el arco iris de la tierra. El discípulo miraba ansiosamente el jardín, porque estaba muy cansado y deseaba ardientemente que su Maestro le pidiera que entrara a descansar. Pero el Maestro nada le dijo y se quedó contemplándolo. Hubo silencio entre ellos por un tiempo, y entonces el Maestro levantó la mano, lo que obligó al discípulo a expresar el pensamiento que había en su mente.

“Me gustaría entrar y descansar un rato entre las flores”.

“No tienes derecho a ello”, dijo el Maestro. “Te equivocas por lo que toca al jardín. No es un lugar de descanso. Estás en plena conciencia de sueño y no comprendes lo que ves. Vuélvete y recobra el entendimiento si puedes.

No debes venir a mí durante el sueño. Ven a mí en tu próxima concentración y trataré de darte entendimiento”.

Y de nuevo levantó su mano, y con un gesto despidió al discípulo, que se encontró volviendo a su cuerpo y despertando de su sueño. Se aferró al sueño, deseando retenerlo, deseando quedarse libre de la fatiga de su cuerpo y de la fiebre de su cerebro. Y eso no podía; se veía empujado a su cuerpo y se encontraba despierto en el mundo físico, y esto con toda nitidez, en un instante de tiempo.

Se levantó del lecho que se le hacía insoportable y empezó a caminar por la habitación.

“De nada me sirve el sueño ahora”, dijo tristemente. “Ha sido mi mejor amigo y ahora me deserta. Bien, probaré a mi otro amigo: trabajaré”.

Y se fue a la habitación contigua y encendió la lámpara que iluminó una gran mesa llena de libros y papeles. Se había ido a acostar demasiado fatigado para terminar de leer las cartas, muchas de las cuales estaban aún sin abrir. Las fue revisando y eligió algunas que abrió y leyó.

Un gran sobre cuadrado, de color gris peculiar, tenía un sello de lacre negro de buen tamaño. Lo contempló un largo rato antes de decidirse a abrirlo. Venía de un viejo amigo, uno a quien quería más que a nadie, más que a sí mismo. Sabía que este amor era para él una tentación grande y terrible, la mayor de que tenía noticia; porque cuando se encontraban juntos se olvidaban de todo lo demás, se olvidaban del curso del tiempo y del movimiento de las esferas, se olvidaban del choque de las naciones y de los derechos de los demás seres humanas.

Por último lo tomó; y luego súbitamente, volvió a dejarlo en la mesa.

“Esperaré”, dijo, “hasta después de mi concentración. Entonces me sentiré más fuerte”.

Se levantó y bajó una oscura cortina ante el alto ventanal. La aurora se aproximaba y con ella el momento en que diariamente se sumergía dentro de

sí mismo en la gran luz. Como el tiempo corría, apagó las lámparas, miró hacia el oriente y esperó.

En el debido momento se elevó y pasó fuera de su cuerpo a un estado espiritual. Pero de pronto se encontró arrastrado había abajo y tornando a su conciencia física; pensó en seguida en la carta, y sintió que era ésta la que así lo arrastraba.

Y entonces, con un gran esfuerzo, se salió otra vez de su cuerpo y de la habitación, pero no hacia la luz interior. Salió por el mundo etérico en busca de su Maestro.

Encontró a su maestro ocupado en el taller, un lugar que le era muy conocido, en el que había aprendido muchas difíciles y dolorosas lecciones. Algunas veces el espacio circundante estaba lleno con las formas etéricas de los discípulos, cuyos cuerpos dormían o estaban en trance en la tierra; pero en ese momento no había nadie allí sino el maestro, y éste parecía muy bondadoso y amable.

“Debes tener mucho cuidado”, dijo, tan pronto como el discípulo apareció a su lado, “o perderás tu camino; estás vacilando en el sendero”.

“Es muy duro”, dijo el discípulo. “Quiero descansar”.

“El reposo no es para los que realizan”, dijo el maestro. “Si tanto deseas el descanso te convertirás en uno de los vagabundos de los jardines, y durante edades te perderás entre los macizos de flores, hasta que su misma dulzura te dé náuseas. Te has olvidado de que al entrar en el sendero has hecho de tu voluntad un instrumento muy diferente que la del hombre común. Lo que pidas lo obtendrás, y lo obtendrás con una abundancia tal que te aplastará, salvo que sea de tal naturaleza que te eleve a la atmósfera de la eternidad. Ya te lo he prevenido antes, ya te he dicho que si deseas placer y descanso es mejor que dejes de una vez el sendero y vuelvas a agotar tus deseos en los sitios seguros de la vida humana ordinaria”.

Pasó el momento de concentración, y el discípulo se encontró al lado de la ventana, bajo la luz grisácea de la aurora, exhausto y deshecho. La impresión que había podido aportar a su cerebro físico, con la ayuda del

maestro, era suficientemente clara. “Tengo que elegir”, se dijo, “bien lo veo, y quizás aún no esté pronto para el sendero superior y el ancho camino”.

Se volvió, levantó la cortina y se volvió a su lecho, presa de un gran cansancio. En un segundo había dejado su cuerpo y marchaba por los espacios etéricos que rodean al mundo material, junto con el amigo cuya carta permanecía aún cerrada. Juntos pasaron al estado de conciencia del sueño; juntos cruzaron las ondas etéricas con una velocidad que era en sí un gozo perfecto. Y mientras iban de un espacio a otro, de una gloria a otra, mantenían una conversación sin palabras.

“Destruye esa carta que te mandé”, era el pensamiento que daba el otro, “no la leas, no eres bastante fuerte para rehusarme lo que te he pedido sin sufrimiento, y yo no tengo derecho a pedirte. Libres de nuestros cuerpos y de nuestra vida física somos como un solo ser, y puedo percibir que tú eres el que estás más adelantado. Estás esforzándote por entrar en el sendero superior - ya has entrado en él-, pero no tan completamente que yo no pueda arrastrarte abajo. Cuando estoy en el cuerpo deseo hacerlo. Pero aquí y ahora sé que no debo. Nos separaremos, sufriremos, pero es necesario que suframos; debo agotar la fiebre de la ambición antes de que podamos estar juntos realmente”.

Se encontraban muy altos en el éter, cuando este pensamiento tomó forma, viéndose como si en su luminosidad y ligereza hubiera una oscura mancha como un borrón, y dentro de ese borrón estaba la liza a la que debían volver para luchar contra sus propias naturalezas. Era la tierra, y los cuerpos en que se debían tener lugar esas batallas, yacían inconscientes, durmiendo, y tenían que ser despertados, revistiéndose con ellos como si fueran de malla, pero una malla que, en vez de proteger lo que encerraban, suministraban una nueva y sensible superficie para experimentar el sufrimiento y el dolor.

“No puedo separarme de ti”, decía el pensamiento del discípulo; el pensamiento que empapaba todo su ser incesantemente. No necesitaba repetición, como hubiera sucedido si el pensamiento se expresara en palabras; era simplemente continuo. Y lo extraño en este camino de estado, era que el que parecía estar en el sendero más elevado, cuando se encontraba en medio de las condiciones comunes de la vida humana, era el menos apto para resistir la tentación fuera del cuerpo. El corto periodo de su discipulado le había mostrado toda la severidad de lo que ahora estaba ante él y los escarpados

escalones que tenía que escalar. Y la tentación era para él una cosa infinitamente más fuerte que lo que había sido antes de entrar en el sendero; justamente en la misma proporción en que su voluntad era infinitamente más poderosa. Todo su ser y todos sus atributos habían sido intensificados y sus poderes habían aumentado mil veces. El sentimiento de amor que experimentaba era tal como no hubiera podido imaginárselo antes, tan grande que su compañero, que era su alma gemela, no hubiera podido imaginárselo tampoco en ese momento.

Cuando despertó de su profundo sueño, el sol estaba ya alto, y el mundo en pleno trabajo. Lo primero que vio fue la carta aún cerrada que estaba sobre la mesa junto a él. La lucha interior comenzó instantáneamente, aunque sentía que en alguna extraña forma había tomado su decisión durante el sueño.

“Me pida lo que me pida, tengo que hacerlo”, se dijo, “lo quiero demasiado para rehusarle nada”.

Y abrió la carta en seguida. Si lo hubiera hecho cuando la recibió, lo habría sorprendido. Pero ahora, después de las experiencias de la noche, era una cosa natural. Su amigo era un dirigente en la vida política; en la carta le ofrecía un alto puesto en el gobierno, cuya oferta era en verdad un honor que, además, los pondría en estrecho contacto en su vida diaria.

“Si fuera ambicioso”, dijo con una sonrisa, “esta sería la gratificación más grande posible. Pero he matado la ambición, la he agotado completamente y, por lo tanto, me creo pronto para convertirme en discípulo. Pero el amor me domina. No he matado el deseo de sensación. Quiero sentir la presencia de aquél a quien amo. Me retiraré del sendero. Debo terminar con mi humana naturaleza. Ya no soy un discípulo”. Y así diciendo, con una sonrisa de placer y de satisfacción, se levantó rápidamente y se vistió. Escribió una contestación en seguida, aceptando el ofrecimiento que se le hacía, con expresivo agradecimiento, excusándose por la demora en contestar, aunque sin explicar el motivo. Por otro lado no podía presentar disculpa alguna admisible.

Envió la carta con un mensajero; pero antes de que éste hubiera podido llegar a destino, recibió otro de esos sobres inconfundibles, con la dirección escrita por una mano bien conocida de él.

“Sé que estarás vacilante”, decía su amigo, “que no te atreves a decirme que no, por no parecer ingrato. Pero no lo tomaré así. Sé perfectamente que si aceptaras mi ofrecimiento, te arrancarías a tu más elevada vocación, que yo respeto aunque sea todavía incapaz de seguirla. Tendré que pasarme sin tu compañía y debes perdonarme”.

Esta carta vino como un choque, porque le trajo un vago recuerdo de la experiencia de la noche y de lo que entonces había pasado entre ellos. Aquello que lo había convertido en discípulo, el deseo de adelantar realmente, de conocer la verdad, brotó ahora en él con mayor fuerza que nunca. Cerró la puerta con llave y resolvió buscar la luz dentro de sí mismo. Había fracasado al tratar de encontrarla al alba, yendo en vez a ver a su maestro. Y resolvió que antes de dar ningún nuevo paso, permanecería concentrado hasta encontrar otra vez la gran luz interior y oír la voz del silencio. Por último, con un intenso esfuerzo lo consiguió y vio la brillantez en torno suyo. Y mientras se gozaba y elevaba hasta el Supremo, sintió como una mano que le apretara el corazón, que lo arrastraba para abajo, fuera de la luz, de nuevo a la tierra. Y volvió a su conciencia ordinaria con la sensación de haber recibido una gran conmoción. Porque ya se le habían enseñado los signos y señales de la dirección y ahora sabía que en realidad se había desviado y que, como su Maestro le había dicho, se encontraba vacilando en el camino. Y comprendió que en realidad tenía sed de sensación, de que el suyo no era amor espiritual, sino una cosa terrena, que si no era purificado lo absorbería en el abismo. El amor espiritual allí estaba, pero silencioso y oculto por una masa de sentimientos materiales, en la misma forma en que el espíritu del hombre se encuentra oculto por su cuerpo.

Se sentó a la mesa y escribió otra carta.

“Tienes razón como siempre. La tentación de tu ofrecimiento estaba en que me permitiría verte tan a menudo. Pero debo perseverar en lo que ya he comenzado, y la vida de la política es completamente incompatible con mi vocación”.

Su amigo suspiró aliviado cuando recibió esta carta, como si se hubiera sacado de encima el peso de una gran responsabilidad. Y se puso a despachar febrilmente una montaña de trabajo que hacía un rato apenas lo había

atemorizado, cuando tenía la sensación de que no había obrado en forma elevada con su amigo.

En la quietud de su propia habitación el discípulo pasó largas horas meditando, y eventualmente fue en busca de su maestro mediante una intensa concentración.

“Seguiré adelante”, le dijo, “no vacilaré más en el sendero, y continuaré las tareas que ya he comenzado”.

“Muy bien”, respondió el Maestro.

Las tareas externas a que se había dedicado este discípulo, eran de carácter humilde y oscuro, pero exigían una gran resistencia. Diariamente iba a los barrios más sórdidos y miserables, entre gente indigente, para llevar a cabo ciertas investigaciones que se había propuesto. Su trabajo no produciría fruto alguno inmediato y no proporcionaba satisfacción a su apasionada naturaleza. Pero lo ponía en contacto con gente a quien no hubiera podido conocer de otra manera; y así podía darse a sí mismo continuamente, enriqueciendo a muchos que lo necesitaban enormemente, con la energía y la belleza de su pensamiento y de su carácter. Esa era la obra que se le había encomendado, aunque no la conoció hasta que se reveló por sí misma. A su tiempo se encontró rodeado en tal forma por los que lo amaban, tan envuelto por su afecto, que era en realidad el centro en torno del cual se movían; y, sin embargo, pocos entre ellos eran los que lo conocían por su nombre y ninguno de ellos sabían dónde vivía. Diariamente salía de su propia casa, que había pertenecido a su familia durante generaciones enteras, para dirigirse a través de Londres al distrito en que hacía su obra, donde nadie parecía tener más dinero que el indispensable para vivir en un cuarto o dos, y donde nadie podía tampoco quedarse mucho tiempo. La idea de llegar a ser propietarios de una casa era inconcebible para estas pobres gentes que así vivían; apenas si se daban cuenta de que esas casas pertenecían a alguien; todo lo que sabían, era que había alguien que cobraba los alquileres. Y, sin embargo, todas las casas de ese barrio en una zona considerable, así como el terreno que pisaban, pertenecían a un hombre; y ese hombre era él mismo.

Cuando muchacho, cuando hubiera parecido improbable que alguna vez fuera el heredero, se había rebelado contra el sistema que permitía que un

hombre de fortuna y elevada posición, poseyera tales propiedades, y había hecho declaraciones, de que las vidas del pueblo tenían que ser modificadas, y que si él llegara al poder, así lo haría. Pero por el tiempo en que su destino lo había elevado a esa posición, su destino también lo había llevado al lejano oriente, donde se había encontrado con adelantados discípulos, de quienes había aprendido los misterios de la vida. Allí había aprendido el arte de la concentración, allí había adquirido el poder de salir del cuerpo, y allí había buscado y encontrado un Maestro en el mundo etérico, habiendo hecho su primer voto como discípulo. Cuando descubrió que se encontraba en esa situación de poder, volvió a él el deseo de corregir todas las injusticias con renovada fuerza. Pero se contuvo y resolvió no hacer nada sin obtener antes una dirección apropiada. Por lo tanto buscó a su Maestro y se le dijo que antes de que pudiera hacer algo por el pueblo debería conocerlo, y de que se pusiera a la tarea de estudiarlo secretamente, investigando no solamente las condiciones de su vida, sino también su carácter y sus pensamientos. Le pareció una tarea difícil, porque era necesario ir entre ellos sin darse a conocer, ganar su amistad si era posible y evitar toda posibilidad de ser reconocido o de infundir sospechas a su administrador de propiedades o a los agentes que se ocupaban de las casas. Pero resultó más fácil de lo que esperaba; era muy poco conocido en Londres y completamente desconocido en ese barrio. Pronto descubrió que los hombres con quienes tenía relaciones en su verdadero carácter, jamás se los veía por las calles y casas confiadas a su responsabilidad, y que sólo hombres de clase inferior, pagados por ellos, eran quienes hacían el trabajo. El miedo de ser reconocido dejó de turbarlo, pero se encontró con que le era muy difícil no traicionar sus propios secretos, tan enfurecido lo pusieron a veces muchas cosas que se hacían en su nombre. Pero nada podía hacer todavía; el Maestro le recordaba frecuentemente, que no debía echar a perder su tarea con un acto precipitado, y que si quería aliviar esas angustias, debía hacerlo bajo el papel que había asumido. Su tarea era la de aprender a conocer al pueblo, y ahora, se sorprendía a menudo al ver cuán equivocado estaba en las ideas que se había formado sobre personas a quienes creía conocer muy bien.

Volvía a su labor con redoblado empeño, tan pronto como pasó su vigilia, y se supo restablecido en su lugar como discípulo.

Se creía que sus años de viajes lo habían vuelto inquieto y que tenía pasión por caminar; así es, como sus criados se explicaban que saliera durante

largas horas, sin caballo, sin coche o sin automóvil, y con las ropas más anónimas - ropas que su valet consideraba como censurablemente mezquinas y pobres -. Se encontraba lleno de ardor y muy contento de por así perseverar en esa tarea bramadora y monótona, porque cada vez que probaba esto en la gran luz, encontraba que estaba en la debida dirección. No era visible, porque todavía no tenía una meta ante sí, pero no producía ninguna sensación de retroceso hacia la tierra, ninguna sed de sensación. Y siguió así con la firme esperanza de que en cuanto empezara a encontrar su camino y a ver sus deberes, fueran de tal naturaleza, que los veía en la gran luz y se le presentarían visiblemente como un mojón en su camino hacia el Supremo.

SOBRE AQUELLO QUE ES ASEQUIBLE

Suele preguntársele al discípulo qué es lo que espera hacer, o ser, qué espera obtener o alcanzar, al entrar en el sendero, y algunas veces le es difícil contestar, porque él mismo no lo sabe. De lo único que está seguro, es de ese gran anhelo que siente por la verdad, de ese vehemente deseo de elevarse, de subir hasta el Supremo. Estos no son los puntos que sus preguntantes desean conocer, porque si se satisficieran con eso, también estarían en el sendero. Lo que aquéllos desean saber, es cómo se hará diferente el discípulo de los demás hombres, qué nuevos poderes adquirirá. Cuando el discípulo ha aprendido las primeras siete reglas, y con ellas el arte de la concentración y conoce los signos de la dirección, surgen en él, naturalmente, cualidades que lo colocan en situación completamente nueva y diferente en la tierra, mientras agota sus encarnaciones. Su fe se torna absoluta, ya no conoce más el estado de duda o de interrogación. Se mantiene con las manos elevadas hacia el Supremo, recibiendo todo lo que se le dé con perfecta confianza y gratitud. Tiene confianza absoluta, y una esperanza invencible, suceda lo que suceda, porque sabe que tanto para sí como para todas las demás cosas, el propósito y fin de todo es ser bueno. Sabe que todo lo malo debe desaparecer, porque no tiene el poder de perdurar; y que todas las almas desarrollarán el poder de resistir, pasando así más allá del mal. Todo resentimiento ha muerto en él, sea por daños hechos a él mismo o a los demás, porque sabe que la condición o estado en que puede cometerse el mal es una cosa temporal que desaparecerá con todas las demás cosas temporales. Tiene en sí la cualidad del amor puro, que surge como un manantial, cristalino, vitalizante, perfecto en sí mismo, derramando su bendición sobre todo, y esto no necesita sensación para alimentarse, ni contacto, ni esperanza de recompensa o reciprocidad. Es un amor absolutamente dador, y cuando surge en la naturaleza produce por sí mismo un éxtasis y una satisfacción que ninguna pasión humana puede aproximársele ni comparársele. Estas cualidades modifican completamente sus relaciones con los demás y cambian su condición, de manera que obra, y se mueve sin miedo, sin dudas, sin vacilación, ni ansiedad. Todos los sentimientos de congoja y de aprensión que hacen tan dolorosa la vida humana, se desprenden de él en cuanto surgen en su naturaleza las cualidades del discípulo.

Otro don que recibe como resultado de la práctica de la concentración, es la conciencia de lo invisible y el desenvolvimiento gradual de su comprensión de las leyes de la Supernaturaleza. Mundos de gloria y de esplendor se abren ante él, y planos sucesivos de conciencia le van siendo accesibles; el estrecho círculo de su vida física toma su verdadero lugar como sólo aquella pequeña parte de aquello que le pertenece por derecho. Su experiencia se ensancha continuamente, enriqueciéndose por el desenvolvimiento de sus sentidos psíquicos que transforman todas las cosas.

El discípulo debe lograr estas condiciones mientras aún se encuentra viviendo y trabajando entre la humanidad, como un hombre ordinario en su vida y obra ordinaria. Hará las mismas cosas, trabajando como trabajan los que son ambiciosos, amando y sirviendo con toda humana dedicación, pero pasará a salvo por las llamas del deseo y las aguas de la amargura, y no será tampoco tocado ni afectado por los atormentadores ni por el Terrible mismo. Sabe que anda y se mueve como un ser libre, con poder de elevarse a sí mismo en cualquier momento sobre los conflictos y las luchas de las pasiones y emociones humanas, hasta el lugar de la paz y de la gran luz.

Se verá que aquello asequible para el discípulo permite al hombre vivir en un estado semejante a un dios, si continuamente se prueba a sí mismo por lo que toca a la dirección. Esta condición puede obtenerse mediante el esfuerzo incesante en una encarnación; pero rara vez se consigue hasta la segunda encarnación. Después de la plena realización, llega un período de completa fructificación y producción, y presta auxilio a los demás en el medio en que su destino lo haya colocado. Rara vez toma una posición pública o figura mayormente ante los ojos de los hombres; si lo hace, es porque los adeptos y los grandes maestros requieren su servicio para algún fin especial. En ese caso lo pondrían en algún lugar prominente y sería para él un caso de obediencia, nunca de esfuerzo personal ni tampoco de gloria personal. En realidad, el discípulo considera ese caso como un sacrificio especial, lo que le suele ser compensado con un largo período de oscuridad. O, en algunos casos, cuando el discípulo esté todavía lejos de ser perfecto, esta posición prominente se convierte en una severa experiencia que significaría un castigo para un hombre ordinario, que no tuviera el poder de resistencia necesario. Las circunstancias complejas e infinitamente ajustables de la vida humana, hacen posible que cualquier posición o posesión produzcan placer o dolor.

Más allá del estado de discípulo, hay otros estados abiertos al hombre, mientras todavía es hombre; todos los varios grados de adeptos en la vida y finalmente de los maestros. Las grandes realizaciones que pertenecen a estos estados, no son para explicados o descriptos en este volumen: discursos sobre los mismos se encontrarán en esos volúmenes a los que tienen acceso, según sus necesidades, aquellos que están desarrollándose. Se guardan en el mayor secreto en las bibliotecas sagradas del mundo etérico, y a veces el discípulo puede ver a su Maestro leer alguno de ellos. Pero, si se le permitiera mirar una página, las palabras que allí viera escritas no tendrían significado alguno para él.

FABULA V

Bajo el orden y la protección del dios que ama a los hombres, hay talleres, observatorios, templos, escuelas, salones de conferencias, y laboratorios para demostraciones, en el plano etérico que rodea a la materia de esta tierra. Y estos lugares atraen a los espíritus de todos los que desean conocimiento, durante las horas de sueño físico. En ciertos períodos agudos de la vida humana, suelen estar llenos con aquellos que desean saber la verdad y que se convertirían en discípulos si el camino fuera claro para ellos. Y entre éstos, los discípulos que ya están jurados, tienen mucho que hacer. En el estado físico, es casi imposible impartir el conocimiento de aquello que es asequible, porque las palabras apenas si pueden representar los hechos y no dan iluminación alguna con respecto a ellos. Pero las demostraciones que se hacen en los laboratorios suelen ser de carácter ilustrativo sobre este punto difícil.

Un maestro colocó un gran cristal sobre la mesa y reunió en torno de ella a un círculo de neófitos elegidos, que deseaban saber más de lo que puede explicarse con cualquier otro método. Y les pidió se concentraran intensamente. Todos estos neófitos estaban en espíritu, y sus cuerpos físicos sumidos en profundo sueño, se encontraban en diferentes lugares de la tierra. La concentración espiritual es muy poderosa y produce resultados inmediatos. Les indicó que pidieran el poder de ver y de ver correctamente. Cuando pasó el momento de concentración, les dijo que contemplaran el cristal.

Había siete neófitos y todos ellos se aproximaron al cristal, mirándolo intensamente. El Maestro preguntó a cada uno de ellos qué es lo que veía.

“Veó una estrella”, dijo el primero. “Veó una llama”, dijo el segundo. “Veó una flor”, dijo el tercero, “Veó una nube”, dijo el cuarto. “Veó un rayo”, dijo el quinto. “Veó un fuego ardiente”, dijo el sexto. “Veó un relámpago”, dijo el séptimo.

“Mirad de nuevo”, dijo el Maestro. Miraron otra vez, y entonces todos declararon que veían a un hombre.

“Dinos, Maestro”, dijo el primer neófito, “¿por qué antes vimos todos una cosa diferente?”.

“Porque aún estabais dentro de vuestras propias naturalezas y al primer impacto con la naturaleza de este discípulo que os estoy mostrando, visteis lo que os pareció el producto de su carácter y vuestro pensamiento sobre él. A uno le parecía una lejana estrella en el firmamento; al otro un ser que despertaba una llamarada de amor; al siguiente una criatura de belleza y de dulzura; a otro una entidad intangible que podía muy bien desaparecer en un instante; al otro un espíritu iluminado por lo Divino; a otro un alma capaz de consumirse en el sacrificio; al último una gloria pasajera que no puede durar. Cada uno de vosotros habéis expresado vuestro concepto de un discípulo de este grado. Pero ahora habéis pasado de vuestra propia naturaleza a la de él y lo percibís tal cual”.

“Lo veo firme sobre una roca en medio de un mar agitado”, dijo el primero, “el mar se eleva furioso y seguramente pronto lo arrancará de donde está y lo ahogará en sus aguas”.

“Pero no presta atención ninguna a las aguas”, dijo el segundo, “sino que mira al cielo”.

“Está en estado de concentración”, agregó el tercero, “y está contemplando al Supremo”.

“No ignora el peligro”, dijo el Maestro, “su fe es absoluta”.

“El mar se agita más y más”, dijo el cuarto. “Las olas lo golpean como si quisieran arrastrarlo”.

“¡Qué está haciendo!”, gritó el quinto. “¡Seguramente se ha vuelto loco! ¡Está caminando sobre el agua! ¡No puedo mirarlo! ¡Qué olas espantosas!”.

“No son olas, no es agua”, exclamó el sexto. “Veo que lo que antes parecía agua no es más que una muchedumbre de seres humanos y que las olas que se estrellaban contra él eran hombres que trataban de arrastrarlo y destruirlo!”.

“¡Mirad!”, gritó el séptimo, “¡las aguas se apaciguan en cuanto pone los pies sobre ellas! ¡Oh! ¡Cómo se ha atrevido a hacerlo! ¡Y las manos que se levantaban para sujetarlo y arrastrarlo abajo, son las que ahora lo mantienen y lo soportan y lo llevan! ¡Su propósito era llegar a cierto punto y allí lo llevan; y todos los que lo sostienen van también con él!”.

“Habéis visto bien”, dijo el Maestro. “Acaba de pasar por una prueba. Está en una elevada posición de gran responsabilidad y su fin era hacer lo que era justo, contra la ciega voluntad de la multitud. Ha vencido mediante la fe y la confianza absoluta, y al vencer ha despertado a masas enteras de hombres al conocimiento del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Volved a la tierra y considerad lo que habéis visto”.

El Maestro sacó el cristal de la mesa y los neófitos volvieron a la tierra.

SOBRE LAS PIEDRAS DEL CAMINO

Cuando el discípulo está cierto de la dirección en que va, lo hace con la vista fija muy hacia adelante, y no presta atención a las piedras del camino. A veces causan dolor, o crean dificultades, o lo hacen detenerse en el camino; a veces tropieza con ellas y hasta se cae.

Estas piedras son colocadas en su camino a veces por otros, amigos o amantes de su propia familia; pero muy a menudo son el resultado de sus propias pasiones, que reaparecen bajo extraños disfraces, mucho después de que él creyera que habían desaparecido para siempre.

La ambición, el deseo de sobresalir, el vigoroso maestro del hombre común, reaparece a veces como fuerte de tropiezo, como después de que el discípulo creyera que ya había sido muerta y arrojada a un lado. Pero aún ésta es mucho más fácil de sobrepasar que otras pasiones el amor humano y el deseo de sensación que origina, se convierten en un obstáculo duro y terrible para el discípulo adelantado. Mucho después de que el amor del hombre por la mujer, del padre por el hijo, hayan dejado de ser barreras y obstáculos que separan al hombre de Dios, el amor del alma gemela que trasciende a todo otro amor, como la luz de lo eterno trasciende a toda luz temporal, se convierte en una piedra de tropiezo que parece como si no pudiera ser vencida o sobrepasada. La tensión es tan grande que parece como si el mismo ser del discípulo se fuera a hacer pedazos contra eso que no cede ni lo deja pasar.

En cierto punto de su desenvolvimiento es un derecho del discípulo el encontrar a su alma gemela en el mundo físico. El intenso gozo, lleva al hombre a un estado de éxtasis en el que el placer y el dolor ya no pueden distinguirse; el goce es tan intenso que se convierte en agonía.

Al producirse el primer encuentro, el discípulo debe comprobar su dirección, y si así lo hace, percibirá que este nuevo amor, tan distinto de todos los demás amores que haya conocido en la vida actual o en las pasadas, debe ser una gloria del discipulado y ser puramente espiritual. Pero es raro que se comprenda así en el primer encuentro, y es más que probable que haya

muchas encarnaciones en que los dos se encontrarán sólo para tener que soportar la intolerable agonía de verse separados de nuevo. Muy a menudo el desastre es inmediato, siendo el discípulo arrastrado por las nuevas sensaciones inexplicables en tal forma, que asombrado por su intensidad, no consigue leer los signos y cae de su lugar, y, por un tiempo, también de su poder. Pero la concentrada dulzura del encuentro es un derecho suyo, y sólo cambia de naturaleza y se convierte en piedra de tropiezo cuando el Destino hace sonar la hora de la separación. Entonces es el momento crítico. El dios que ama a los hombres desea que el discípulo conozca el placer, y los Maestros se mantienen a un lado, mientras su asignada dulzura es suya, sabiendo perfectamente que no podría venirle si no le correspondiera. Pero cuando se le quita, entonces surge el gran peligro. Si se rebela y aferra a lo que no puede conservar, entonces se encontrará solo en el sendero, detenido en su camino, no por la dulzura o la tentación, sino por una dureza y una pesadez que no puede ni apartar de su camino ni tampoco sobrepasar. Está allí mismo, frente a él, de manera que no puede caminar, y debe contemplarla hasta que una vez más sea capaz de elevar su mirada al Supremo y rendir todas las cosas. Cuando esto le es posible, entonces encontrará que no se le puede quitar el amor espiritual, y que el otro, que es en verdad él mismo, no puede ser nunca separado de él, salvo en la representación del drama material, y el conocimiento volverá a él y se elevará una vez más, encontrando que, con el propio esfuerzo puede echar la piedra a un lado, fuera de su camino, y seguir adelante. El cansancio y el dolor son mayores que en cualquier prueba precedente, pero los ángeles vigilan sobre él y el Salvador del mundo viene a él también en el momento más terrible de su separación.

FABULA VI

Un guerrero con la espada en la mano, bajó su arma en el medio de la batalla.

“No mataré”, gritó. “Que me maten por el honor y mi pueblo. Pero no mataré porque nuestra guerra es injusta y obedecemos a un rey malvado”.

Su voz resonó clara y fuerte, y levantó su cabeza y contempló el cielo como si pudiera ver al Supremo a través de la atmósfera y del éter. Era ignorante y falto de instrucción, y no sabía cómo buscar al Supremo; pero sí distinguía lo justo de lo injusto.

Muchos de sus secuaces volvieron la cabeza para escucharlo, y una como oleada de vacilación pasó sobre los guerreros. Porque ellos bien sabían que obedecían a un rey injusto. No se habían dado cuenta de que era una guerra injusta, pero una vez que ese pensamiento entró en su mente, les pareció que era un pensamiento verdadero. Pero nadie tenía tiempo para considerarlo, porque el ejército enemigo cargaba con toda fuerza, sin vacilación ninguna, y los vacilantes tuvieron que levantar sus espadas y luchar. Pero el que había hablado cayó en tierra con una sonrisa en los labios; y pronto fue pisoteado hasta quedar desconocido.

Su espíritu se encontró flotando sobre las horrendas escenas del campo de batalla, entre legiones de ángeles de blancas alas; el más próximo extendió sus largas alas blancas bajo él para ayudarlo a levantarse. Y la blancura y suavidad de las alas brillaba con algo como gotas de rocío o de diamantes, no podía distinguir bien - y trató de averiguarlo - y le pareció que le importaba más averiguar qué eran esos puntos brillantes que todo lo demás. No podía adivinarlo, porque no estaba bastante adelantado para saber que provenían de la luz interior que brillaba a través de ellas.

Durante un largo rato floté en esa blancura, feliz y satisfecho a pesar de los horrores del plano material que estaba bajo él. No los veía, no oía los gritos de agonía, y aunque con una parte de su mente, sabía que todo estaba allí, con la otra parte sabía que se había ganado ese breve respiro que era suyo.

Esto fue en los días de la antigua Persia y su mentalidad física se había acostumbrado a horrores tales, que los hombres de hoy no conocen, aún en esos días en que la iluminación comienza a hacerse sentir. Pero dentro de él estaba el fuerte espíritu que se rebelaba contra la crueldad y la injusticia; le parecía que hubiera dado mil vidas, de tremenda agonía, más bien que someterse a ser el instrumento de un rey injusto como el que lo había mandado a la guerra. Por lo tanto estaba contento de haber dado su vida, una vida.

Y conforme reposaba así en esa blancura, otro espíritu, recién libertado allá abajo, vino a él y oyó extrañas palabras que lo conmovieron profundamente.

“Yo también depuse mi espada y me mataron y pisotearon. Cuando escuché tu grito, sentí que yo también debía hacer como tú”.

Y los dos se aproximaron y se contemplaron asombrados uno al otro, porque cada uno de ellos era el yo del otro. Por primera vez en las encarnaciones, estas dos almas gemelas se habían encontrado.

Pronto vino uno que los separó. “Tú eres mío, de mi cosecha”, gritó al espíritu que había hablado. Y el espíritu inclinó su cabeza y se estremeció, pero fue sin poder resistir; porque sabía que pertenecía al Terrible. El pasado era negrísimo y sin excusa, algo que debía ser borrado, si hubiera sido posible; pero no lo era. En los espacios invisibles al hombre, muy cerca, de él, moran poderes en cuyas manos caen los hombres en razón de sus locuras y crueldades.

Y el otro clamó a gran voz: “No puedo quedarme aquí en medio de la blancura y de la oscuridad entre estas luces titilantes!. Tengo que irme con él, vaya donde vaya, ahora que me he mirado en sus ojos”: Y siguió al que se habían llevado rápidamente, hasta, que de pronto se encontró en medio de la oscuridad contra un elevado murallón que interceptaba su camino. Buscó a tientas, presa de desesperación, una puerta, una abertura; pero no había ninguna. Por último, cansado y desesperado, se dejó caer al pie del muro y lloró. Y se mantuvo pegado a la pared porque le parecía que era la cosa más próxima que podía existir a aquel que por allí había pasado. No supo entonces, ni lo supo tampoco jamás, cuán largo tiempo había estado allí. Pudieron ser minutos o edades, porque había pasado más allá del tiempo. Sufrió hasta que llegó a cierta intensidad de sufrimiento, y entonces quedó inconsciente. Cuando se le pasó, los ángeles se lo habían llevado a un lugar muy lejos del sitio en que había encontrado la pared, lejos del lugar donde las almas surgen perpetuamente como chispas ascendentes, desde los campos de batalla de la tierra. Tuvo conciencia de sí mismo como de algo nuevo, porque había descansado y refrescado, y su memoria estaba tranquila. No sabía que había dado su vida por un principio, no sabía que esta acción le había atraído a su otro yo, no sabía que había amado y perdido. Todas estas cosas yacían encerradas en las cámaras sagradas de su memoria como joyas en un joyero. Sólo sabía que estaba vivo y fuerte y que la vida era buena. Cuando se dio cuenta de esto vio que el lugar en que estaba era muy hermoso, lleno de cosas dulcísimas, que le daban una sensación de seguridad y beatitud. Y se quedó dormido en medio de esta dulzura, para ponerse todavía más fuerte. Y lo que ahora se estaba fortaleciendo en él era el amor y la aspiración, de manera que cuando se despertó otra vez, recordó que en una ocasión se había mirado en

ojos amados y visto la mirada de un espíritu que era como sí mismo, aunque mucho más querido; y miró en torno suyo buscándolo. Pero aunque en torno suyo era toda dulzura, o por lo menos así le parecía, no estaba esa que él deseaba, y se levantó para ir en su busca. Y el deseo lo arrastró rápidamente de manera que fue descendiendo del lugar en que estaba y de pronto se encontró en la tierra. Su voluntad había obrado lo que le parecía un milagro asombroso, porque se encontró aprisionado en un cuerpo minúsculo, desvalido e inarticulado, sin poder alguno, pero contemplando los ojos amados. Y tan grande era su contento al encontrar el bien perdido, que se olvidó de todo y se quedó mirando y mirando hasta que los nuevos ojos físicos se cerraron de puro cansancio. Pero el cansancio mismo era delicioso y se durmió en perfecta dicha un pequeño bebé en los brazos de una hermosa madre joven.

Una hermosa madre joven, sí, llena de alegría y de orgullo, extrañamente excitada porque los ojos azules de su hijo eran como los ojos de un viejo amigo, de un amigo perfecto, de un perfecto amante. Para esta joven la vida era una dicha inefable ahora. Y su espíritu había estado en el lugar del tormento, donde reina el Terrible, aquél que gobierna sobre los que necesitan sufrimiento, porque no son capaces de aprender de otra manera y cuando el triste espíritu hizo acto de sumisión y pidió gracia, entonces se le hizo volver a la tierra. Y estando ahora pronto para las experiencias del amor, tomó la forma de una mujer para poder así sufrir más profundamente. Tuvo años de vida dichosa, en los que creció, floreciendo su hermosura. Y luego fue amada y cortejada y al fin conquistada. Y todo esto era como un sueño desde el momento asombroso en que su hijo abrió los ojos y miró los de ella. Ahora ella estaba en su hogar, descansaba, estaba en el cielo en éxtasis. Y el niño creció a su lado como un árbol a la vez fuerte y suave, en todo sentido espléndido. Y él siempre miraba hacia adelante y arriba, lleno de confianza y de aspiración. Y cuando llegó a la adolescencia y tuvo maestros, grandes cosas fueron profetizadas a su respecto. Pero estas cosas no deberían suceder en esa vida, porque un día se enfermó y tuvo que acostarse, para no levantarse jamás, agonizando con su mano en la de su madre, contemplándola y hablándole de los ángeles y de sus alas llenas de titilantes puntitos de luz, y de cómo estaban circundando su lecho, esperándolo. Y se fue, y los párpados pesados cayeron sobre sus hermosos ojos azules.

“¿Y yo?”. Gritó su madre. “¿Y yo me quedo?... ¡No puede ser!. Yo también debo irme. Yo lo encontraré, yo lo seguiré, sin importar nada las

dificultades o el castigo que me impongan. ¡Nada se me importa!. ¡Nada puede ser más insoportable que esto!. ¡Dios es cruel!. ¡Lo desafío!. ¡No puede inventar para mí castigo más grande que éste!”.

Y con ardiente rebeldía se arrojó por la ventana de la habitación y luego la encontraron muerta en el suelo.

Grande fue la piedad y la simpatía que mereció el padre y marido que en esta forma se vio de pronto completamente sólo. Sus sufrimientos fueron terribles, en verdad; pero no eran nada comparados con los que soportó el rebelde que desafió a Dios y saltó en la oscuridad. El desgraciado espíritu se encontraba en completas tinieblas, sin poder para llorar, sin poder alguno más que para arrastrarse de un lugar a otro, desesperado por encontrar algún contacto y sin descubrirlo jamás. Con la destrucción de su vida física había destruido todo menos una chispa de conciencia, y era incapaz de percibir la luz o las ondas etéricas que la sostenían, y no veía a los ángeles que lloraban por ella, ni al Salvador cuando vino compasivo a contemplarla. Había destrozado el instrumento que se le había dado, esa vida que era suya, y ahora no podía más que apegarse al mero hecho de que existía, hasta que otra vida pudiera surgir y envolverla en una forma que le diera a la vez sentidos y poderes.

Los ángeles lloraban por algo más que por este dolor inmediato; porque sabían que la rebelión que se había producido en su naturaleza tendría que agotarse y que la pasión por la destrucción, una vez que estalló con semejante fuerza, tendría que agotarse igualmente por medio de repetidas experiencias y explosiones sucesivas. La vida sagrada había recibido el golpe, y el místico don se retrajo, como cuando se apaga una vela, dejando apenas en la mecha un punto incandescente. La chispa queda, porque el espíritu es inmortal, pero la forma, el poder y la sensación fueron arrojados por la explosión de ira, esa ira contra el poder que ordena todas las manifestaciones de la vida.

El que habita entre misterios, que están más allá de su entendimiento, debe indispensablemente respetar las leyes misteriosas e inexplicables, pues de lo contrario pecará contra su propia alma, como lo hizo ésta, en tal forma que sólo el crecimiento podía remediar esa ruina. La raza humana mora entre misterios que están más allá de su inteligencia y sólo puede llegar al conocimiento mediante su sumisión al Misterio de los Misterios, de donde

proceden todos los dones, cuidando esos dones con reverencia y cuidado. Sólo los niños destruyen lo que no pueden entender, y muchos individuos son como los niños rebeldes. Estos pueden aprender, pero en una forma; comenzando todo de nuevo. Cuando se corta una planta joven, no tiene más recurso que el de volver a crecer. Así sucede con el resto de la vida. Este espíritu rebelde no percibiría nada espiritual, como no fuera esa ira dentro de sí mismo, y la primer sensación de alivio que sintió, fue cuando sus ojos se abrieron otra vez en el mundo físico, una vez más era un ser humano, pero esta vez, ya no era un hermoso bebé, sino una cosa torcida, deforme, estúpida. Libertado de su penosa forma, volvió a la oscuridad de su espíritu, y de nuevo hizo la tentativa. Una y otra vez nació en cuerpos horrorosos, sin poder para libertarse de su enfermedad y su debilidad, en el que los miembros estaban deformados y los sentidos apenas sensibles o faltaban por completo. Y la voluntad del espíritu se fijó en un solo fin, el de entrar en un cuerpo más hermoso, un cuerpo en el que pudiera crecer. Y después de muchos esfuerzos que tuvieron que desecharse, dados los espantosos resultados, el esfuerzo continuo de la voluntad llevó al espíritu al cuerpo de un niño normal, provisto de sentidos y de inteligencia, aunque sin belleza ni genio. Y este infante creció y se convirtió en una mujer que fue esposa y madre. Y una vez más se reprodujo la tragedia los dos espíritus se contemplaron uno a otro, hubo un breve tiempo de dicha inefable. En seguida sonó la hora fatal, y el hijo se fue y la madre se quedó. La lección de obediencia no había sido aprendida de nuevo el espíritu rebelde pecó contra la santidad de la vida. Y de nuevo también se hundió en la oscuridad y permaneció sólo con su ira y rebeldía, hasta que recuperó la fuerza suficiente para volver y comenzar otra vez. No una vez, ni dos, sino varias, durante las edades, se reprodujo este drama; mientras los demás miembros de la raza adelantaban y se preparaban para partir del mundo material, y mientras otros tropezaban y vacilaban, pero se recuperaban, y otros volvían la espalda deliberadamente y caían al abismo, éste pasó y repasó la lección, tropezando siempre en la misma piedra, incapaz de pasarla o de vencerla. Y el otro, fuerte y hermoso, cuya fuerza y confianza le habían traído el amor que da a la vida todo su significado y compensa todos los males, ese otro, en las breves encarnaciones en que la asociación entre ambos era posible, aprendió y estudió en las escuelas etéricas e hizo grandes progresos. Y así fue como cuando se le permitió por último llegar en una encarnación hasta la madurez, fue un poeta y un líder de la humanidad. Y su alma gemela, la rebelde, estuvo a su lado durante toda esa vida, también como hombre; siempre con el espíritu atormentado y a menudo atormentado también físicamente; errando en sus

camino, lleno de pasión, pero dejándose guiar como un cordero por el hilo mágico del amor. Esta vez murieron los dos juntos en lo que se llama un accidente. Más tarde se encontraron en la tierra otra vez al mismo tiempo, pero sólo al final de la encarnación, durante un breve período de gran felicidad; ambos en esa encarnación fueron mujeres y habían vivido una vida completamente dedicada al bien de los demás. Cuando se encontraron estuvieron juntas como dos pilares, en una gran lucha por una no menos grande causa social. Y entonces, en pleno trabajo, en el esfuerzo triunfante y la gran dicha, el más avanzado, siempre lleno de fe y de obediencia, fue llevado súbitamente a un lugar lejano, obedeciendo contento al llamado del espíritu. Seguro de que la encontraría de nuevo, no temió decir adiós por un rato. Pero en la que se había rebelado durante las edades, cayó nuevamente la gran oscuridad. Cuando se cerraron los ojos amados, con la sonrisa del amor brillando en ellos, brotó en ella de nuevo la violenta pasión de la destrucción, de desobediencia determinada, y se convirtió en lo que los hombres llaman una loca. Pero los ángeles pudieron esta vez ayudarla, gracias a las muchas buenas obras que había hecho por el mundo, auxiliados por el alma fuerte y confiada, y así la salvaron una y otra vez, casi cuando estaba a punto de matarse. Y entonces el otro, en el mundo etérico, buscó a su Maestro para que lo ayudara, de manera que esta piedra de tropiezo no se encontrara siempre en el camino. Y se permitió a los ángeles auxiliar a los pies ensangrentados del rebelde y guiarlos más allá de esa piedra, hasta que finalmente pudo libertarse del dolor, y los dos, juntos o separados físicamente, conocieron que siempre estaban descansando en el Supremo y que siempre estaban juntos en la gran luz.

SOBRE EL CAMINO DE LA CRUZ

Uno tras otros, Grandes Instructores han venido a la tierra, para ayudar a los hombres en la difícil tarea que han emprendido, la de encontrar el sendero que lleva del pozo en que han caído hasta el Supremo. Estos Grandes Instructores han traído con ellos legiones de ángeles, y los han dejado flotando compasivamente sobre la tierra, para que la auxilien; han traído espíritus competentes para guiar y enseñar, dispuestos a quedarse y a trabajar por los espíritus de los hombres en el plano etérico; y han encontrado entre los hombres discípulos suficientemente fuertes y devotos para fundar escuelas de pensamiento y establecer religiones. El último de estos Grandes Instructores, el mayor de todos, vino directamente del Supremo, un Hijo de Dios, e hizo por el hombre un esfuerzo mucho mayor que los demás, un esfuerzo que implica un gran sacrificio. También trajo legiones de ángeles que se quedaron para ayudar al hombre, y espíritus competentes para guiar y enseñar, dispuestos a quedarse y trabajar por el hombre en el mundo etérico; El también encontró entre los hombres discípulos fuertes y con la suficiente dedicación y devoción para fundar escuelas de pensamiento y establecer una religión. Pero El vino para hacer algo más que todo esto, y lo ha hecho. Y como El estaba más cerca del Supremo que ningún otro, como traía un mensaje mayor que ningún otro, así también vino a hacer más por el hombre que ningún otro y se convirtió en su Amigo como ninguno. En el plano etérico, lo mismo que en la tierra, sólo existen las estatuas sagradas de Buda; él mismo ha partido y mora ahora en el Supremo; y de los otros Grandes Instructores, ni siquiera se ven las imágenes; sólo quedan sus pensamientos entre los espíritus de los hombres. Pero el Hijo de Dios, lleno con la fuerza de Su Padre, vino, no como visitante, sino para identificarse a Sí Mismo con la individualidad humana, y con el Hombre como raza, quedándose con ella. Dio Su Mensaje al mundo por medio de Sus primeros discípulos, de que se quedaría siempre hasta el fin del mundo. Y ha cumplido su promesa absolutamente, como bien lo saben todos los que sufren y lo invocan. Todo lo que el hombre material puede ver en el plano físico son sus retratos e imágenes sagradas; pero El está siempre cerca en todo momento, justamente del otro lado del velo, en el mundo etérico; y hasta el hombre más material, cuando el sufrimiento lo torna humilde, e invoca a Cristo, creyendo en El, encontrará el velo atenuado, verá que hasta se desvanece del todo en un

momento de revelación en que contemplara al Salvador. Así es como el Cristo viene no solamente al discípulo que está tratando de entrar en el sendero, sino a todos los hombres. Vino para sacar a los hombres del pozo del materialismo, y por lo tanto todo hombre es Su discípulo en un sentido especial y peculiar. El camino de la Cruz lleva los hombres a El; El ha elegido el sufrimiento y el sacrificio como Su propio lote, para salvación del hombre, y todo el que sufre y pasa angustias está bebiendo la amarga copa. El está al lado de éstos, esperando lo reconozcan, esperando que lo llamen, esperando que tomen su cruz y lo sigan. El reconocimiento que El pide, la creencia y la fe, son exactamente del mismo orden que el reconocimiento, la creencia y la fe que el hombre debe tener respecto al Supremo mismo, al Infinito Invisible, a los espíritus de sus propios amigos y seres queridos que han dejado el mundo físico. La negación es lo que produce la oscuridad. El hombre se separa de los seres queridos que han dejado el plano físico, creyéndolos muertos, en vez de recordar que sólo han abandonado un vestido viejo o inadecuado y entrado en un estado de mayor vida y mayor poder. La bellota una vez que se ha convertido en encina, da lugar a que las otras bellotas lamenten su desaparición, en vez de ocuparse ellas mismas de convertirse en otras tantas encinas. Algunos se separan de la gran luz y del Supremo, poniéndose a mirar la oscuridad y negando que haya algo más. El Cristo pide, de acuerdo con una ley razonable y absoluta, que el hombre que Lo invoque crea en su existencia. Si llenan este requisito lo encuentran junto a sí en el momento de la necesidad, como Amigo y Auxiliador, aunque sean rebeldes y quieran libertarse del sufrimiento que tengan sobre ellos. Y los que pueden llevar su cruz, aceptando su dolor, y tratando de aprender su lección, entran en el Camino y andan con El. El Camino está abierto para todos y este Amigo está siempre a mano.

El discípulo de ocultismo, que ha encontrado y sobrepasado las aguas de la amargura, y ha tomado la Cruz, en razón de su esfuerzo por realizar y de lo que ya ha realizado, no sólo anda por el Camino sino que está haciendo la obra del espíritu de Cristo, mientras va por él. También tiene que ayudar al mundo en el sentido especial y peculiar en que lo hace el Espíritu de Cristo. Todos los discípulos de todos los maestros gradualmente, se convierten en instructores: eso es parte del crecimiento natural y del desenvolvimiento de la raza; y en su debido orden se convierten en instructores cada vez más grandes, mientras continúan por el sendero de la realización. Pero todo discípulo que se esfuerza por realizar y llegar, sin importar lo humilde que sea, si ha llegado al camino de la cruz y entrado en él, no sólo tiene que enseñar a los demás, sino

también ayudarlos. Entra en ese estado de amor intenso por todos los hombres, que les hace desear salvar a los pecadores, abrir los ojos cerrados y llevar luz a los espíritus en tinieblas. Mediante esta maravillosa adición a las tareas del discípulo, el Espíritu de Cristo se difunde en la humanidad sobre la tierra. Y esos avanzados discípulos, que en razón de su grado de realización tienen derecho a pasar más allá del medio etérico que rodea a la raza, y a morar en estados espirituales, tienen la oportunidad de seguir a su Divino Maestro en el sendero del sacrificio y permanecer en el mundo etérico para ayudarlo en Sus planes de salvación.

El hombre, sin ayuda, no puede libertarse; este plan de salvación es su gran oportunidad. Es un privilegio del discípulo que está tratando de llegar, convertirse en auxiliar inteligente de este plan.

FABULA VII

Una mujer se encontraba en un camino, pidiendo limosna. Era ciega y la guiaba un niño, cuyos brillantes ojos azules hacían que los transeúntes se preguntaran si los ojos de la madre habrían sido tan hermosos antes de quedarse ciega. La ceguera había sido causada por un accidente; en verdad, ella, en su yo superior, se había sometido a este sufrimiento y a esta pérdida. Porque una de sus grandes tentaciones era la delicia de contemplar al hijo que amaba, mirarlo era una alegría. Para ella, no era como si él fuera su hijo, sino como si ella fuera su Creador. Y, sin embargo, durante las edades, ella había sido un espíritu que se rebelaba contra la verdad de que el Señor da y el Señor toma.

El niño, de ojos brillantes y pies descalzos, extendía su manita y los transeúntes ponían en ella muchas monedas, conmovidos por la belleza y el perfecto amor que había en su rostro.

“Contemplantarlo es una lección”, dijo una mujer, deteniéndose al pasar y dirigiéndose a su compañera; “parece tan feliz y contento como un principio”.

“Tiene razón”, dijo la madre, “aunque son pocos los príncipes así, según creo. Puedo oírla a usted, aunque ya me estoy volviendo sorda”.

“¡Sorda!”, dijo la mujer, “¡sorda y ciega!”. “¡Qué destino tan desgraciado!”.

La madre apretó entre las suyas la mano del niño.

“¡Sorda!”, dijo, “y rápidamente. Pronto no podré oír más su voz; nunca oiré su voz cuando sea hombre. Pero no me quejaré mientras pueda tocar su mano”.

La mujer la compadeció, y siguió.

Un año más tarde la volvieron a ver; habían viajado por el interior y ahora volvían otra vez a sus lugares habituales. Le hablaron, pero ya no las halló. Estaba completamente sorda. Estaba murmurando algo como para sí misma y la escucharon atentamente.

“No me importa morir poco a poco. Señor, si ese es mi castigo, hasta que me vaya; pero dejad que él se haga hombre y sirva al mundo”.

El espíritu rebelde había entrado en el camino y tomado su cruz.

Al año siguiente el niño estaba solo en la calle un día, cuando vio a la cariñosa mujer que había compadecido a su madre. Habló con ella y le dijo que su madre había sufrido un ataque de parálisis y yacía en una casucha allí cerca, inválida. La mujer fue a verla y la atendió con el cariño con que los pobres se ayudan unos a otros. Otros también vinieron a cuidarla y el niño pudo ir a la escuela. El día llegó en que todos sus sentidos la abandonaron, y no sabía si su hijo estaba con ella o no; yacía inerte, como un tronco. Así se completó la expiación, y cuando por último se libertó su espíritu y cesó la respiración de aquel cuerpo, su ser se irguió fuerte y hermoso. Porque en el silencio de la tenebrosa envoltura, habiéndose sometido voluntariamente al castigo de sus limitaciones, el espíritu había encontrado la gran Luz y contemplado al Supremo.

El niño creció y se convirtió en un gran hombre, amado de muchos, un verdadero líder. Y decía a menudo que en momentos de gran ansiedad y responsabilidad, sentía la presencia del espíritu de esa madre que tanto lo había amado, sosteniéndolo e inspirándolo.

Sabía en su corazón que su otro yo, por último, había hecho acto de sumisión y obediencia al Supremo y dejado de rebelarse, y que ahora eran iguales, y que el futuro guardaba para ellos una gran obra que está más allá de la fuerza de uno solo, una dicha inefable que sobrepasa a toda imaginación del hombre.

FIN

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

